

CAPÍTULO V

POBLACIÓN BENEFICIADA Y PERCEPCIONES INSTITUCIONALES AL INTERIOR DEL PROGRAMA DORMITORIO MUNICIPAL Y NIÑOS DE Y EN LA CALLE

Este capítulo se ocupa de los niños, adolescentes y jóvenes beneficiarios del programa Dormitorio Municipal y Niños de y en la Calle el cual, a pesar de ir cambiando de nombre y estrategias, siempre estuvo enfocado —al menos idealmente— a atender a los menores que trabajan en las calles. De esta manera, abarcamos a aquellos que ingresaron al mismo desde 1999 hasta principios de febrero del 2007. En primer lugar, se caracteriza a los niños, adolescentes y jóvenes atendidos por el mismo, agrupándolos en “más antiguos”, “pasajeros”, indígenas migrantes, colonias populares y grupo de pintores. En segundo lugar, se describen las percepciones institucionales acerca de los beneficiarios del programa a partir de una campaña de sensibilización diseñada al interior del mismo, una obra de teatro en donde participaron algunos de los beneficiarios y las entrevistas realizadas con el personal del programa. Dichas entrevistas también abordaron dos temas importantes para lograr una mejor comprensión del funcionamiento del programa: la rotación de los menores y el personal, y la beca que los beneficiarios recibían semanalmente.

La caracterización de la población de menores y de aquellos individuos que entraron como menores al programa entre 1999 y 2002 y que ahora siguen en el mismo como mayores de edad cumplirá con varios propósitos. Principalmente, permitirá entender los vínculos que establece esta población de beneficiarios con el programa, lo que ayudará a confrontar los discursos institucionales sobre el programa con la manera en que lo experimentan los menores y jóvenes que son atendidos por el

mismo, De igual forma, nos ayudará a proyectar la “carrera” que un individuo puede seguir al interior de un programa de gobierno que se propone atender a los menores que trabajan en las calles.

Entre 1999 e inicios del 2007, los menores inscritos en el programa iban desde quienes trabajaban regularmente en las calles hasta los que nunca habían trabajado en las mismas pero dijeron haberlo hecho para ingresar al programa. Entre ambos extremos se encuentran niños y niñas que de vez en cuando trabajaban o dormían en espacios públicos, vivían en alguna colonia popular o marginada —así definidas por el personal del programa— o eran migrantes indígenas que venían a trabajar en las calles, muchos de los cuales no hablaban español.

De igual forma que no existían criterios estrictos para elegir al personal que trabajaba en el programa, tampoco los había para la admisión de los menores. De manera oficial, quienes laboraban en el programa planteaban que, para entrar al mismo, los menores debían de tener algún contacto familiar, no ser fármacodependientes y que:

Estuviesen en una situación de vulnerabilidad o de calle; pasaran la mayor parte del tiempo en calle, que no tuviese este problemas de retraso mental o problemas de aprendizaje (...) manifestar que realmente quería estar, seguir ciertas reglas o normas: llegar puntual, no boicotear las actividades, respetar a la gente con la cual se iba a trabajar (Iván Pérez [coordinador de trabajo en calle febrero-septiembre 2005; jefe de programa septiembre-noviembre 2005], entrevistado el 21 de marzo del 2006).

Sin embargo, en la práctica, algunos de los beneficiados nunca habían trabajado o vivido en la calle, al menos uno de ellos tenía serios problemas de aprendizaje y no tenía una motivación personal para estar en el programa, y varios menores consumían drogas. Por otra parte, se llegaron a aceptar menores que no hablaban español (sin contar con una persona que pudiera comunicarse con ellos en su idioma), a quienes se les permitía estar unas horas en el programa para después salir a trabajar en las calles. El hecho de que el programa no se apegara a los criterios previamente convenidos para ingresar a un menor se explica por la necesidad de producir resultados visibles y cuantificables para el gobierno municipal, así como por las aspiraciones de algunos

miembros que trabajaban en el programa de que los servicios asistenciales se brindaran a todas las personas que los requirieran. En este sentido, durante la administración priísta, el coordinador de calle mostraba su deseo de “que no nada más lo enfoquemos hacia cruceros, sino que se pueda hacer más expansivo, que llegue a las colonias marginadas de la ciudad de Puebla (...) que no nos enfoquemos nada más a una gota del océano. Yo creo que aquí podemos abarcar el océano completo” (Luis Alberto Rojas [coordinador de trabajo en calle febrero 2006-enero 2007], entrevistado el 27 de marzo del 2006).

Finalmente, a pesar de que era necesario que los menores contaran con su acta de nacimiento para ingresar al programa, si no la tenían, el personal del mismo se encargaba de tramitárselas, por lo que el programa también era una instancia que se aseguraba de que la población vulnerable “existiera” para el estado.

Población beneficiada

Niños de y en la Calle

Como se mencionó anteriormente, durante el trabajo de campo realizado al interior del programa, la población de menores fue fluctuando de manera importante, por lo que el seguimiento de cada beneficiario era complicado. La rotación a nivel de los menores se refleja en las siguientes cifras: mientras que el registro más bajo de quienes asistían regularmente al programa fue de tres (un niño y dos adolescentes) entre octubre y noviembre del 2005, el registro más alto fue de 39 en febrero del 2007. Entre ambos extremos, los números de menores fluctuaban como sigue: 18 durante un par de días en febrero de 2006 (entre ellos 15 niños y niñas tzotziles), 12 en mayo del 2006 (entre seis y trece años) y 26 a finales de junio de ese mismo año. Cabe destacar que en septiembre del 2006 el gobierno municipal reportaba 50 menores asistiendo a la escuela abierta (Gobierno Municipal de Puebla 2006c), lo cual debe verse más bien

como números oficiales en lugar de números reales, y como una imagen propia de una administración que se guía por la divisa de “gobierno de resultados” (Gobierno Municipal de Puebla 2006d). A pesar de esto, se pudieron distinguir cuatro bloques de menores que atendía el programa Niños de y en la Calle: los “más antiguos”, los “pasajeros”, los indígenas migrantes y los menores de colonias populares, los cuales se caracterizan a continuación.

Los más antiguos

El primer bloque estaba conformado por cinco menores: Salvador, Miguel, Joaquín, Alberto y Rafael, los cuales llevaban entre dos y cuatro años en el programa. Se entrevistó a tres de estos menores, así como a sus madres.

Salvador

Salvador llegó al dormitorio a los 11 años —en el 2003— en compañía de su madre después de que ambos habían pasado algún tiempo pernoctando en lugares públicos porque no tenían dónde vivir:

No sé quién me vio dormir porque mi hijo titiritaba de frío. No, si ese niño vive por obra y gracia de Dios, de verdad, porque son milagros de Dios, porque yo no puedo decir que de la gente, la gente es mala y perversa. Dios me lo mantuvo con vida, porque ese niño se pudo haber muerto de frío (Clara Asunción Sosa [madre de Salvador] entrevistada el 26 de abril del 2006).

Se quedaron en el dormitorio durante un año y, posteriormente, el personal del programa les ayudó a conseguir un cuarto en la junta auxiliar Ignacio Romero Vargas por el que pagaban 400 pesos al mes. Sin embargo, las condiciones de vida en él no eran adecuadas, pues se trataba de un espacio muy reducido, acondicionado con unas sábanas y cobijas en el suelo que hacían las veces de cama. Durante su estancia en el dormitorio, el jefe de programa de la administración panista 2002-2005 invitó a Salvador a entrar al programa “Niños de la Calle”, en donde destacaba por ser un niño muy inteligente y con ganas de estudiar.

Su madre tiene 53 años y nació en Poza Rica, Veracruz, pero desde pequeña vivió en el municipio de Tlachichuca, Puebla. Desde los 18 años ha trabajado haciendo la limpieza en diferentes casas, incluida la de uno de sus hijos. La señora está separada del padre de Salvador, por lo que este no tiene mucha relación con él. Sus abuelos maternos se dedicaban al campo y su abuelo paterno atendía una tienda de abarrotes. Salvador tiene cuatro hermanos y una hermana, hijos del primer matrimonio de su madre: uno de ellos se dedica a la herrería, otro es chofer de microbús y la hermana es ama de casa en Aguascalientes; a pesar de que se lleva bien con sus hermanos, Salvador mencionó que uno de ellos le pegaba. De igual forma, la madre de Salvador había amenazado con golpearlo en repetidas ocasiones, frente a lo cual Salvador respondía de la misma manera.

Salvador trabajaba como payasito contando chistes en los microbuses, con lo que ganaba —cuando le iba bien— unos 30 pesos por camión; parte de ese dinero se lo daba a su mamá y el resto se lo quedaba él. Cuando entró al programa ya no trabajaba como payasito pero ayudaba a un sacerdote de la iglesia de San Francisco todos los domingos por la tarde con la bendición de automóviles (recibía 100 pesos por cargar el recipiente del agua bendita) y hacía figuras de globos en fiestas. Su madre mencionó que le gustaría que Salvador aprendiera algo de herrería en el taller de su hermano, sin embargo, él le respondía: “no, yo qué voy a ir de herrero y luego gana 32 [pesos] a la semana, está loco ese qué, no, ni madres. Ahí en el dormitorio me dan 200. No, está mejor ahí en el dormitorio” (Clara Asunción Sosa [madre de Salvador] entrevistada el 26 de abril del 2006).

Cuando lo conocí, pasaba mucho tiempo en una cadena de cines cerca del dormitorio, en donde había entablado amistad con algunos de los empleados, quienes le permitían ver películas gratis, quedarse a leer o incluso dormir en las instalaciones. Con respecto al programa, Salvador habla de las cosas que han cambiado desde que entró en el 2003. Por una parte, se refiere a la cantidad y calidad de los regalos que les daban para el día de reyes: con la administración panista recibían más y mejores cosas,

ya que antes le daban todo lo que pedía. Por otra parte, menciona que ahora “Irineo [jefe de programa durante la administración priísta 2005-2008] ya no va a buscar niños para que vayan a la escuela” mientras que “Israel iba a los cruceros a buscarlos y a invitarlos” (Salvador [beneficiario del programa 2003-actualmente], entrevistado el 29 de marzo del 2006).

Acerca del cambio de personal del programa opina en términos de lo bien o mal que le caen los actuales integrantes, con respecto a la frecuencia con la que los llevaban a lugares de recreación como parques de diversiones, nuevamente mucho mayor durante la administración panista. Por su parte, su madre opina que: “les están cambia y cambia, que ya una maestra, que ya otra maestra, que ya se va un licenciado, que ya viene otro... que se va una muchacha, que ya viene otra. También esos cambios los afectan” (Clara Asunción Sosa [madre de Salvador] entrevistada el 26 de abril del 2006). Salvador menciona que el personal del programa iba a las casas de los niños cuando estos dejaban de asistir al programa para tratar de que regresaran, pero, en su caso: “nunca me fueron a buscar porque no les dije la dirección de mi casa”. También afirmó que no le gustaba el nombre del programa porque “no somos de la calle [somos] de nuestra casa” (Salvador [beneficiario del programa 2003-actualmente], entrevistado el 29 de marzo del 2006). Por su parte, su madre opina que:

Los dormitorios son como una cárcel. Ahí se encuentra usted de todo. Es lo que me preocupa de Salvador (...) no veo que de veras les tomen interés a los niños (...) entre ellos dirán: “ah, chingada madre que tendremos que estar haciendo por estos niños, total no son nuestros” Sí son suyos, fíjese, sí son suyos, porque todo lo que les dan a uno de esos niños, ellos lo van a recibir y con creces... pero si ellos no hacen nada... (Clara Asunción Sosa [madre de Salvador] entrevistada el 26 de abril del 2006).

Al igual que con lo que ganaba cuando trabajaba como payasito en los microbuses, parte del dinero que obtiene en el programa (la beca de 200 pesos semanales y algunos “extras” como el aguinaldo de 1,400 pesos que les dieron en diciembre del 2005) se lo da a su madre para cooperar con la renta o la comida y otra parte la destina a sus gastos personales (transporte, entretenimiento). Tanto Salvador

como su madre opinan que el dinero que les descuentan de la beca cuando se portan mal se lo queda el personal del programa o del DIF Municipal. Más aún, la madre cuestiona lo siguiente:

¿Y usted cree que a un niño le van a alcanzar 200 pesos para comer? (...) y luego de paso dicen que se los quita uno. Yo al menos no se lo quito, pregúntele a Salvador (...) hay veces que me dice: “¿mamá, cuánto tienes pa’ la renta?” “No, pues que 250” “ten, yo te presto aunque sea”, cuando tiene, porque hay veces que se los gasta en el cine o en fin (...) malo que yo le dijera: “a ver Salvador, tu beca completa”. Hay una señora allá que sí. Sí le pide al niño su beca completa y así lo dice: “yo sí, licenciado, se la quito: de que se la gaste en otra chingadera a que me la dé...” Pero yo no, yo no puedo hacer eso con mi hijo porque Salvador se defiende ¿eh? No crea que es tonto, ése me dice: “pus si es mía, no te la dieron a tí” y yo respeto. ¿Luego sabe lo que me decía?: “respeta los derechos de los niños” ¡así me dice! “¿no dicen mamá que respeten los derechos de los niños? Pues tú respeta los derechos de los niños y el respeto que yo quiero es que esa es mi beca” (Clara Asunción Sosa [madre de Salvador] entrevistada el 26 de abril del 2006).

A finales del 2005, Salvador fue contactado por JUCONI, a petición de la entonces coordinadora educativa, a raíz de los rumores de que iban a cerrar el programa, para evaluar si podían transferirlo ahí. Sin embargo, el encargado de esta evaluación en JUCONI determinó que sus circunstancias familiares y el carácter de su madre no eran compatibles con el funcionamiento de Casa JUCONI (el subprograma orientado a menores que viven en la calle).

En febrero del 2007 Salvador ya no seguía asistiendo al programa con regularidad porque estaba esperando a que lo inscribieran a una secundaria técnica para entrar en agosto. Según la coordinadora educativa actual, ya no está viviendo con su madre, pues esta regresó a quedarse en el dormitorio debido a que la señora que les rentaba el cuarto pidió que se lo devolvieran. Salvador seguía recibiendo algo de dinero por parte del programa (100 pesos).

El vínculo constante de Salvador con el programa puede explicarse a partir de la combinación de varios factores: haber habitado en el dormitorio por un tiempo en compañía de su madre, tener la posibilidad de complementar el dinero de la beca con otras actividades que le proporcionaban ingresos, la necesidad de contar con un espacio distinto al cuarto que rentaban porque no se llevaba muy bien con su madre y la facilidad con la que estudiaba y aprendía en la escuela abierta.

Miguel

Miguel es el menor que lleva más tiempo en el programa y, probablemente, seguirá en el mismo en el futuro. Entró cuando tenía ocho años —en el 2002—: los hermanos del primer esposo de la madre fueron quienes lo llevaron ahí después de que la abuela del niño sugiriera ya no inscribirlo en la escuela porque siempre reprobaba. Miguel afirmaba que no pasaba de año porque siempre estaba peleándose con los demás niños; sin embargo, en realidad esto se debía a que tenía problemas de aprendizaje, los cuales requerían que estudiara a un ritmo más lento que los demás. Según la psicóloga del DIF Municipal, estos problemas estaban vinculados con el consumo de drogas que experimentó Miguel cuando era pequeño: los tíos hacían que él y su hermano inhalaran pegamento para que no tuvieran hambre y no pidieran comida. El aprendizaje de Miguel al interior del programa sigue siendo muy lento y la coordinadora educativa de la administración actual piensa que es difícil que obtenga su primaria, pues los plazos para presentar los exámenes son muy cortos.

La familia nuclear de Miguel está compuesta por su madre de 35 años, sus tres hermanas (de tres, seis y ocho años; la menor de un padre distinto al de las demás) y su hermano Joaquín (13 años), el cual también asistía el programa; además, tiene dos hermanas mayores que ya se juntaron con su respectiva pareja. Miguel convive con su padrastro de manera regular, aunque él no vive con ellos. La familia vive en la junta auxiliar de San Pablo Xochimehuacán en una casa compuesta por dos cuartos de cemento y lámina. Para junio del 2006 se habían cambiado de casa, pasando a ocupar un cuarto muy cerca de su casa anterior, aunque la madre no estaba contenta con el mismo, pues decía que su vecino tomaba mucho alcohol y le daba miedo dejar a las niñas solas cuando salía a trabajar.

Sus abuelos maternos eran originarios de Atlixco y luego se fueron a vivir a la ciudad de Puebla: el abuelo era talachero y la abuela pepenadora; el abuelo paterno trabajaba en una fábrica de coca-cola y la abuela hacía tortillas. La abuela materna está

enferma de cáncer, por lo que a menudo tienen que endeudarse para cubrir algunos gastos relacionados con su tratamiento: su esposo estuvo trabajando en Chicago durante cinco años pero tuvo que regresar para cuidar de ella y ayudar a pagar las cuentas, pero planea regresar a los Estados Unidos para seguir trabajando. Miguel aseguraba que a su hermano lo iban a pasar “del otro lado” cuando cumpliera 15 años y, probablemente a él también, aunque preferiría quedarse en casa a recibir el dinero que mandarían sus familiares y así cuidar de su madre y sus hermanas.

La madre es la responsable de mantener a la familia, para lo cual se emplea en varios trabajos, entre los cuales destaca la venta de algodón de azúcar en fiestas infantiles o religiosas:

Compro, son 80 pesos de algodón [a la semana]. Tengo que pagar, como ahorita, tengo que darle 80 al señor y, 120 de juguete y además tengo 100 (...) me saco 500, 500 y ya, entre la semana, pues me voy a lavar ropa ajena, voy a hacer quehacer, a barrer calles (...) [el papá de mi niña] me da 300 además para mi renta [al mes] (Doña Concha [madre de Miguel], entrevistada el 13 de abril 2006).

Además de estos ingresos, la señora también cuenta con la beca de Miguel, quien la utiliza “en la escuela de mis hermanas, en mis pasajes y en la comida” (Miguel [beneficiario del programa 2002-actualmente], entrevistado el 6 de abril del 2006) y con prestamos que obtiene de familiares, conocidos y de algunos miembros del personal del programa. Por esta razón, ella no está de acuerdo con que les descuenten el dinero a los menores: “porque ya además algo, y ‘te descontamos toda la semana’ y la verdad, pues, como le dije a Luis, eso es con lo que nos llevamos para la mercancía de sábado” (Doña Concha [madre de Miguel], entrevistada el 13 de abril 2006). Reconoce que, al inicio, fue difícil empezar a trabajar, pues nunca lo había hecho hasta que tuvo que mantener ella sola a sus hijos: “[de pequeña] pues nunca me faltaba nada. Yo no sabía qué era salir a buscar el pan de todos los días y además porque mi papá todo me daba...” (Doña Concha [madre de Miguel], entrevistada el 13 de abril 2006). Por su parte, Miguel hace malabares en las calles para ganar algo de dinero extra: cuando era más pequeño, un niño que trabajaba con su papá lo llevó a los cruceros y le enseñó

cómo hacerlo; Miguel ha continuado con esta actividad durante toda su participación en el programa.

Antes de entrar al programa, Miguel y su hermano fueron a vivir por un tiempo con su padre y su madrastra, pues la madre pensó que sería una buena idea para alejarlos de los tíos, quienes seguían incitando a los niños a drogarse. Sin embargo, este arreglo no duró mucho, pues la madrastra no se llevaba bien con los niños e incluso se incrementaron sus problemas con la droga, a raíz de lo cual pasaron un mes en el Consejo Tutelar para Menores Infractores. Después de esto, regresaron a vivir con la madre, donde residen actualmente. En abril del 2006 Miguel parecía ya no tener problemas con las drogas, aunque seguía estando en un contexto en donde su uso era frecuente, especialmente debido a que su hermano sí las seguía consumiendo.

Al igual que Salvador, Miguel habla de las transformaciones generadas en el programa a raíz del cambio de administraciones en términos de lo que reciben del mismo: durante la administración panista se compraba más despensa para el desayuno “antes teníamos jamón, salchichas (...) hasta carne” (Miguel [beneficiario del programa 2002-actualmente], entrevistado el 6 de abril del 2006), mientras que a más de un año de haber iniciado la administración priísta (en abril) el desayuno tendía a ser menos abundante. Su madre compara ambas administraciones en términos parecidos: “[nos venían a visitar] nada más a ver que, cómo estábamos, si no nos hacía falta algo, este nos ayudaban [el personal de la administración del PAN] con despensas y dinero, gracias a Dios luego venían, pues sí, luego necesitábamos y les decíamos y ya nos traían” (Doña Concha [madre de Miguel], entrevistada el 13 de abril 2006). Ahora les dan una despensa cada dos meses pero la madre dice que no les alcanza porque solamente trae un kilo de arroz, un kilo de frijol, medio litro de aceite y un kilo de azúcar.

Con respecto a los cambios en el personal, a Miguel le disgusta que sucedan “porque namás que nos encariñamos, ya los corren...” (Miguel [beneficiario del programa 2002-actualmente], entrevistado el 6 de abril del 2006). Por su parte, su

madre afirma que no les avisaron cuando cambiaron el personal del programa: “si no es porque fui también no me enteré de que ya no trabajaba [la coordinadora educativa] (...) no sabría porqué se salieron o si los despidieron...” (Doña Concha [madre de Miguel], entrevistada el 13 de abril 2006).

Miguel dejó de ir al programa en una ocasión (durante cinco semanas) porque “primero sí [me aburrí] porque se siente refeo estar encerrado”; regresó cuando el jefe de programa fue a buscarlo a su casa. En abril del 2006 aseguraba que “ya no me gusta [ir al programa] pero namás tengo que ir por la beca (...) según para estudiar” (Miguel [beneficiario del programa 2002-actualmente], entrevistado el 6 de abril del 2006). No le molesta el nombre del programa, y de cierta forma se identifica a sí mismo como “callejero” al afirmar que no quiere que su hermana menor “sea callejera como yo”, y le gustaría que siguiera estudiando. Cuando llevaron a su hermano mayor a un anexo para que se desintoxicara de su adicción a las drogas, Miguel sentía que ahora él era el “hombre de la casa” y en ocasiones no asistía al programa para quedarse a cuidar a sus hermanitas si alguna de ellas se enfermaba.

En febrero del 2007 Miguel aún asistía al programa, donde estudiaba en el área de alfabetización. En este sentido, la razón por la que continuaba asistiendo tenía que ver con la necesidad de seguir recibiendo los 200 pesos semanales así como de mantener ciertas redes con el personal en turno para obtener despensas o prestamos de dinero para completar el ingreso familiar. Esto era más importante que la cuestión educativa, pues era evidente que no podía lograr un progreso significativo al interior del programa, pues este no contaba con los recursos para atender adecuadamente sus problemas de aprendizaje. En este sentido, Miguel no tenía una motivación personal real que lo impulsara a seguir en el programa por voluntad propia.

Joaquín

Joaquín es el hermano mayor de Miguel: sus circunstancias familiares y de entrada al programa son las mismas que para su hermano menor. Sin embargo, su participación

en el programa ha estado fuertemente determinada por su continua adicción a las drogas, la cual ha sido mucho mayor que aquella de su hermano, como mencionamos arriba. Al igual que Miguel, Joaquín trabajaba en la calle antes, durante y después de que terminó su participación en el programa, aunque en vez de hacer malabares, limpiaba los parabrisas de los automóviles.

Durante la administración panista, el personal ya sabía que Joaquín inhalaba thinner y que había estado expuesto a las drogas en su entorno familiar desde pequeño. En un principio optaron por canalizarlo a él y a su hermano a la psicóloga especializada en adicciones del DIF Municipal. De acuerdo con esta persona, asistieron a cinco o seis sesiones y posteriormente dejaron de ir. La psicóloga piensa que esto se debió a que, por un tiempo, Joaquín y su hermano dejaron de presentarse intoxicados a clase y el personal del programa dejó de ver su adicción como un problema, además de que la madre de ambos no estaba muy convencida de que las sesiones fueran a ayudarlos. Sin embargo, esto ocurrió a finales del 2005, cuando el reemplazo del personal de una administración a la siguiente era más intenso. En este periodo, se pudo constatar que, cuando algún muchacho llegaba intoxicado al dormitorio, muchas veces se le impedía la entrada, se le descontaba una parte de su beca y se le exhortaba a regresar al día siguiente desintoxicado.

Un mes después, el personal de la administración priísta volvió a llevar a los hermanos con la psicóloga porque Joaquín había vuelto a consumir drogas, no así Miguel; sin embargo, fue más difícil esta vez debido a que Joaquín ya no quería cooperar con ella. Una vez más, dejaron de asistir por un tiempo hasta que detuvieron a Joaquín y a otro muchacho por consumir drogas en la vía pública, llevándolos al Consejo Tutelar de Menores Infractores. El jefe de programa fue a sacar a ambos muchachos de ahí y acordaron que Joaquín iba a continuar en el programa para terminar su primaria (y posteriormente la secundaria) y que ya no iba a intoxicarse más. Joaquín no planeaba estudiar la preparatoria porque iba a irse a los Estados Unidos con su abuelo y uno de sus tíos que estaban trabajando allá.

Este periodo fue difícil para Joaquín, puesto que el personal del programa decidió que ya no le iban a seguir dando su beca hasta que vieran que realmente estaba decidido a dejar la droga y ponerse a estudiar. Sin embargo, Joaquín continuaba intoxicándose, por lo que, siguiendo las recomendaciones de la psicóloga, acordaron que ingresara a un anexo (un establecimiento en donde se detiene a quienes tienen problemas de drogadicción o alcoholismo para que se desintoxiquen), pues se consideraba que el ambiente familiar influía de manera negativa en su bienestar. Mientras estaba en el anexo lo iban a visitar su madre y algunos miembros del personal del programa para llevarle medicinas puesto que padecía anemia.

En el dormitorio, la manera en que esto fue abordado por sus compañeros oscilaba entre la preocupación y la broma. Miguel no parecía muy consternado, pues pensaba que, con esta medida, su hermano iba a dejar la droga. Los demás bromearon alguna vez en torno a la cuestión de estar encerrados en un anexo o en una cárcel, recordando la ocasión cuando la policía había entrado a casa de Joaquín y Miguel pero a este último no se lo habían llevado porque estaba “viejito”: ya no tenía caso llevárselo porque se les iba a pudrir. “Viejito” es el apodo de Miguel, pues sus rasgos faciales se asemejan a los de un anciano. Sin embargo, en otras ocasiones, hablaban de cómo los asustaba verlo cuando estaba intoxicado y de la manera en que le habían pedido a Joaquín que tuviera cuidado o de los consejos que le daban para que dejara la droga, argumentando que esta le hacía daño.

Joaquín estuvo internado casi dos meses y luego pasó a una situación de medio-anexo: podía ir a estudiar al programa y a su casa, pero tenía que dormir siempre en el anexo. Este arreglo no duró mucho, pues al poco tiempo, Joaquín regresó al anexo completo, en donde permaneció dos meses más hasta junio del 2006, fecha en la que ya estaba viviendo en su casa pero no había vuelto al programa. En febrero del 2007 estaban considerando internarlo en un establecimiento del Distrito Federal para su desintoxicación pero, al parecer, este plan ya no se llevó a cabo.

El otro muchacho que estuvo con Joaquín en el consejo tutelar se llama Rafael y es

originario de Oaxaca. Desafortunadamente, no se pudo establecer un contacto sólido con él, por lo que no se le entrevistó. Después de salir del consejo tutelar, se ausentó del programa, pues no quería que lo llevaran a un anexo. Rafael regresó al programa un tiempo después pero no se quedó debido a que, como condición para aceptarlo de vuelta, tenía que pasar un tiempo en un anexo para desintoxicarse. Lo último que se supo de él fue que seguía limpiando parabrisas y tenía planes de regresar a Oaxaca con su familia.

Como vemos, los vínculos que establecía Joaquín con el programa estaban permeados por su adicción a los inhalantes -inducida desde el ámbito familiar- en donde el cambio de administraciones jugó un papel importante en la continuidad de sus sesiones con la psicóloga del DIF Municipal. Sin embargo, la orientación asistencialista del programa durante la administración del PAN también pudo haber influido en esto:

¿En qué momento entró Joaquín en el proceso de su adicción? Cuando nosotros ya no estábamos. Joaquín no había pisado el tutelar. Entonces, ¿qué pasó ahí? Se fueron sus papás, se fueron las cuatro mamás, las cinco mamás maravillosas que tenía, que lo consentían y que decían: "Joaquín te quiero mucho" (...) Entonces, se intenta suplir, no debes de hacerlo pero, por lo menos, decirle: "es que sí nos importas, compadre" (Israel Gonzága [jefe de programa 2002-2005], entrevistado el 11 de mayo del 2006).

Alberto

Alberto entró al programa en el 2002, cuando tenía 10 años pero, a diferencia de sus compañeros, él nunca había trabajado o vivido en la calle. Su hermano mayor, Carlos, llevaba dos años en el programa "despintagraffiti" y, cuando este cambió al programa de pintores, llevó a Alberto a trabajar ahí. Poco tiempo después, pasó a formar parte del programa "Niño de la calle".

La familia nuclear de Alberto está compuesta por su madre —quien está separada de su esposo—, su hermana, de 16 años, y su hermano Carlos, de 18. Su padre trabaja como albañil, no vive con ellos pero lo ven de vez en cuando. Su hermana está casada, tiene un bebé y es ama de casa; su esposo trabaja en una fábrica doblando alambres y como auxiliar de bodega. Alberto vive con su hermano y su madre, en uno de los 21

cuartos que componen una vecindad en la colonia Bosques de Manzanilla.

Los abuelos maternos eran de Apizaco y luego vinieron a vivir a Puebla: “allá era pueblo y acá se vinieron a la ciudad para trabajar (...) para darles un poco más a sus hijos” (Cecilia Bueno [madre de Alberto], entrevistada el 12 de mayo del 2006). La abuela era ama de casa y el abuelo trabajaba como velador, zapatero y vendedor de nieves. La madre trabajó un tiempo limpiando oficinas y ahora no tiene un trabajo estable: va de casa en casa preguntando si necesitan alguien que les ayude con la limpieza y, de vez en cuando, se va con su hermana a Atlixco y le hace la limpieza a ella (por lo cual recibe entre 100 y 150 pesos así como algo de despensa) o le ayuda en el puesto que tiene en el mercado. Carlos y Alberto también contribuyen con el gasto de la familia: 450 pesos de renta al mes, 150 pesos de luz cada dos meses, 100 pesos por día de comida para tres personas, más otros gastos. Carlos trabaja como pintor en el programa y es el que le da más dinero, pero dice que, si se llega a comprar ropa, un pantalón, unos zapatos, “no me da gasto” nada más le da 100 pesos y es cuando ella sale a buscar trabajo.

Alberto y Carlos comentaron que su madre estaba ausente la mayor parte del tiempo, por lo que Carlos se encargaba de cuidar a Alberto. Al igual que la madre de Joaquín y Miguel, no estaba acostumbrada a trabajar y se apoyaba en su madre para que le ayudara con los niños:

Pues yo, dirá ustedé, la verdad no he trabajado hasta que yo tuve a mis tres hijos y fui madre soltera (...) he visto a mis hijos, no les he dado mucho... sé que les he dado muchas cosas buenas, pero quisiera darles más (...) desde que mis hijos estuvieron chicos vivieron con mi mamá y ella los ayudaba (Cecilia Bueno [madre de Alberto], entrevistada el 12 de mayo del 2006).

Con respecto al programa, Alberto afirma que le gustaba más cuando trabajaba como pintor, puesto que ganaban \$450 a la semana y a veces no trabajaban porque se ponían a jugar fútbol. Cuando terminó su participación en el programa de pintores, dice que no ingresó a una escuela normal porque su acta de nacimiento estaba mal y la única escuela que lo aceptó fue la del programa “Niño de la calle”. Se quejaba de que, en una ocasión, los del programa le habían prometido una bicicleta pero únicamente le

trajeron un cochecito de control remoto. Reconoce que muchos de sus compañeros se salieron del programa “[unos] por drogadictos, otros porque ya no quisieron, otros porque querían ir a trabajar” (Alberto [beneficiario del programa 2002-actualmente], entrevistado el 23 de marzo del 2006).

También menciona que nadie ha ido a visitarlo a su casa por parte del programa porque “(...) cuando antes ya no íbamos o (...) cuando veía que unos ya dejaban de ir, los iban a buscar otra vez, entonces no se las daba [mi dirección]” (Alberto [beneficiario del programa 2002-actualmente], entrevistado el 23 de marzo del 2006). El dinero de la beca se lo da a su hermano para pagar la renta, se compra ropa o lo utiliza para jugar a las maquinitas.

Afirma que no le gusta el nombre del programa “Niño de la calle” porque “todos tenemos casa”. Esto es interesante porque Alberto no ha tenido una experiencia de vida o trabajo en calle, a diferencia de sus compañeros Salvador, Miguel, Joaquín y Rafael. Alberto parecía reconocer esa diferencia como algo positivo: en una ocasión, Miguel hizo una pequeña demostración de sus habilidades como malabarista con las frutas de su desayuno; cuando se le preguntó a Alberto si él también podía hacerlo, este contestó —con un ligero tono de desprecio— que no, puesto que él no era un niño de la calle como Miguel.

En febrero del 2007 ya estaba asistiendo a una secundaria técnica, lo cual fue arreglado por el programa. En un inicio, seguía yendo al programa para que le ayudaran con sus tareas, pero luego dejó de hacerlo porque ya no le daba tiempo. Al igual que Salvador, sigue recibiendo 100 pesos a la semana.

A pesar de que Alberto no vivió o trabajó en la calle, su familia es muy parecida a la de sus compañeros, en donde la necesidad de obtener ingresos para contribuir al sostén de la unidad doméstica es uno de los vínculos más importantes con el programa. El hecho de que su hermano mayor ya tuviera una trayectoria en el mismo, así como la imposibilidad de ingresar a una escuela normal debido a que sus documentos oficiales no estaban en regla también influyeron en su entrada en el programa.

Los pasajeros

El segundo bloque de beneficiarios estaba formado por menores cuya participación en el programa fue sumamente efímera, lo que refleja la dificultad del mismo para retener a su población beneficiada.

Un ejemplo de este bloque es el caso de tres hermanos de 15, 13 y siete años, uno de los cuales había estado en JUCONI con anterioridad. Trabajaban limpiando parabrisas a un costado del mercado Hidalgo, cerca de la Central de Autobuses de Puebla. Llegaron al programa a finales de septiembre y estuvieron en él durante dos semanas. Uno de los últimos días en que estuvieron ahí, llegaron oliendo a thinner, por lo que el personal les negó la entrada y les pidió que regresaran desintoxicados al otro día; debido a que al día siguiente era el pago de la beca, los hermanos regresaron. Sin embargo, la siguiente semana no volvieron al programa, por lo que la coordinadora educativa y la coordinadora de vinculación y enlace fueron a buscarlos al cruce donde trabajaban para averiguar qué había pasado.

Los hermanos mencionaron que la razón por la que no habían regresado era que habían estado ayudando a otro de sus hermanos a descargar unas cosas y porque a veces de por sí no los dejaban entrar al programa por llevar las uñas sucias. Su madre dijo que estaba bien si no querían ir a la escuela, pero que tenían que ponerse a trabajar. Ante esto, la coordinadora educativa les recordó a los muchachos la importancia de la educación y les preguntó que si ya no querían seguir recibiendo su beca de 200 pesos semanales. Finalmente, invitó a los muchachos a asistir a una salida recreativa a los “go-carts” (a la cual no asistieron) y a regresar al programa (lo cual tampoco hicieron), bajo la advertencia de que “después de JUCONI, después de nosotros ya no hay nada”, dando a entender que, si no aceptaban su ayuda, nadie más iba a ofrecérselas. Después de este episodio, el sentimiento compartido por ambas coordinadoras era el de frustración, pues percibían que no había una motivación por parte de la familia ni de los muchachos para regresar al programa.

Los indígenas migrantes

El tercer conjunto de beneficiarios estaba compuesto por los grupos de menores migrantes tzotziles, quienes venían de Chiapas a trabajar en las calles de la ciudad vendiendo chicles, limpiando parabrisas y haciendo malabares, principalmente, y pasaban las noches en el dormitorio municipal. El primer grupo estaba compuesto por 15 niños y niñas (entre cinco meses y 14 años) y tres mujeres jóvenes, de los cuales pocos eran bilingües tzotzil-español. Las tres mujeres dijeron ser las madres de algunos de estos menores, y el resto eran hijos de sus hermanas, quienes se habían quedado en Chiapas.

Inicialmente, estos menores no estaban contemplados dentro de la población que podía atender el programa, pues era un grupo que no permanecía en el dormitorio todo el año, sino que se quedaba en él por temporadas. Sin embargo, la llegada de este grupo a finales de febrero del 2006 (durante la administración priísta 2005-2008) coincidió con la necesidad de aumentar la población de menores atendidos por el programa. De esta manera, los 15 niños se quedaron en la escuela abierta un solo día durante dos horas, en las cuales solamente dibujaron un poco y vieron la televisión. Al día siguiente, regresaron ocho de ellos, pues los demás habían salido a trabajar en las calles. Antes de que se fueran, el personal del dormitorio les entregó unos suéteres, asegurándose de retratar la entrega con la cámara fotográfica.

Un par de días después, este grupo ya no regresó a pernoctar al dormitorio, aunque permanecieron en la ciudad de Puebla al menos dos semanas más. Esto sucedió en un momento en donde no había una coordinadora educativa (la última renunció a finales de enero ante la inminencia de ser despedida y su reemplazo llegó más de un mes después) y tampoco suficientes voluntarios, por lo que la atención que se les brindó fue muy escasa.

Casi un mes después llegó otro grupo de migrantes tzotziles más pequeño (entre siete y nueve niños y niñas —entre seis y trece años— y tres mujeres jóvenes): los

menores asistieron a la escuela abierta durante una semana, pero solamente de ocho a once de la mañana, hora en que se iban a trabajar en las calles. En este periodo ya había una nueva coordinadora educativa, a la cual no se le escapaba que el programa no estaba funcionando con respecto a la atención de este grupo: “ahorita mi duda es esa ¿no? si supuestamente los van a sacar de la calle pero les están permitiendo que se vayan a las 11 a trabajar en los cruceros” (Araceli Cruz [coordinadora educativa febrero 2006-actualmente], entrevistada el 27 de marzo del 2006).

Este grupo tampoco regresó al dormitorio a pesar de que siguieron trabajando en Puebla. La coordinadora educativa dijo que esto era porque les habían empezado a hacer preguntas sobre cómo le hacían para venir a Puebla y el jefe de programa lo atribuyó a que sospechaban que prostituían a una de las niñas y, cuando quisieron intervenir, el grupo se alejó. Parte del primer grupo regresó al dormitorio a finales de abril: algunos de los menores participaron en la entrega de regalos por parte de las autoridades del DIF Municipal con motivo del día del niño, pero ya no asistieron a la escuela abierta.

Los menores que llevaban más tiempo en el programa los identificaban peyorativamente como “oaxacos” porque venían de otro estado y no podían entender lo que decían. También se disgustaron porque los menores estaban sentados en “sus” sillas favoritas y utilizando “sus” cosas y se negaban a desayunar con ellos porque temían que se les “pegara” lo Oaxaco. Esto demuestra hasta qué punto los menores con más antigüedad habían asimilado la lógica asistencialista del programa y se habían acostumbrado a no tener que competir por sus servicios. Por su parte, el personal del programa pensaba que estos grupos eran traídos por “mafias” desde sus comunidades: “(...) el fenómeno de la mafia que se está dando: que son grupos indígenas que poco hablan español que son traídos con engaños de su comunidad y los utilizan para trabajar y los explotan” (Giselle Ortega [coordinadora de vinculación y enlace diciembre 2005-septiembre 2006], entrevistada el 4 de abril del 2006).

Con respecto a la atención que se les brindaba, si bien la mayoría estaba

conciente de que no iban a permanecer en el dormitorio lo suficiente como para atenderlos de manera regular, compartían la opinión del encargado de la subdirección jurídica de que “valía la pena captarlos porque, si no, de por si iban a la calle o estaban en la calle”. Sin embargo, también se daban cuenta de que no iban a poder contar con esta población para elevar el número de menores inscritos en el programa de manera permanente. En este sentido, es interesante mostrar cómo es que la etnicidad moldea las percepciones y acciones dirigidas a los menores indígenas que trabajan en las calles, mediante la distinción que el jefe de programa durante la administración panista 2002-2005 hacía entre el trabajo en calle de los indígenas y de los no indígenas:

Venían mucho oaxaqueño, mucho chiapaneco, venían (...) de la sierra de Querétaro, obviamente de la Mixteca y de la norte de Puebla, Zacapoaxtla y todo eso. Pero vienen por temporadas: y aquí terminaron de vender, acabaron de recolectar, vámonos. Temporada de lluvias, temporada de seca... vienen otra vez y así. Entonces, sí estábamos más que abiertos “¿quieres quedarte? órale”. Pero, vaya, ellos ya venían ya mentalizados a otro... ellos no venían a la escuela, no, “mi trabajo es: voy a alimentar a mi gente, voy a cooperar en mi casa”. Si eso te sube la autoestima y, además, te fortalece los lazos entre tu comunidad y tu familia, te respeto (...) vaya, ahí sí, arggg, sé que, ante derechos del niño estoy mal pero ante la familia no (Israel Gonzága [jefe de programa 2002-2005], entrevistado el 11 de mayo del 2006).

Siguiendo una línea parecida, otro miembro del equipo mencionaba que:

Los niños de Chiapas, su modo de vida es diferente: ellos me decían, “es que, me voy a trabajar”, “no, pero la escuela”, “no, sí, pero mañana”, como que le dan más prioridad a lo que es el dinero. Entonces, este vienen [los padres de los chiapanecos] y no sé si sea la palabra correcta ¿no?, pero utilizan a los niños (Araceli Cruz [coordinadora educativa febrero 2006-actualmente], entrevistada el 27 de marzo del 2006).

Como vemos, a los migrantes indígenas sí se les “reconocía” su legitimidad para trabajar en la calle sin ser “molestados”, porque se les percibía indiscutiblemente como pobres y se reconocía que venían a la ciudad a trabajar para alimentar a su familia. En este sentido, Martínez Novo señala que, en general, vender mercancía en la calle se percibe como el “estilo de vida” de los indígenas, enraizado en sus ancestrales tradiciones comerciales, con lo que se omite las constantes económicas que están detrás de este tipo de trabajo (Martínez Novo 2006:112-113). Por esta razón, con estos menores sí se podía hacer una excepción a pesar de reconocer que, según los derechos

de los niños, estos menores tampoco deberían de estar trabajando en las calles. Por el contrario, estos mismos derechos se aplicaban tajantemente a los menores no indígenas, sin importar que ellos también tuvieran necesidad de alimentar a su familia o cooperar en su casa.

A partir de lo anterior, podemos aventurar cómo es que la raza y/o la etnicidad de estos menores (dependiendo de si las diferencias entre los menores indígenas y no indígenas se atribuyen a la cultura o al fenotipo) se articula con la clase en el marco de la producción de sujetos de asistencia social. En efecto, si bien los menores indígenas y no indígenas forman parte del ejército industrial de reserva desechable, el trabajo de los primeros se percibe como legítimo argumentando que es su “modo de vida”. Al pensar que el trabajo en calle es algo “natural” para los indígenas por el mero hecho de “ser” indígenas, se omiten las causas estructurales que los han llevado a participar en corrientes migratorias temporales entre los estados del sur empobrecido y la ciudad de Puebla, lo que oscurece la condición de clase que comparten con el resto de los beneficiarios no indígenas. Además, la naturalización del trabajo de los menores indígenas contribuye a pensar que su condición de trabajadores infantiles es incorregible, por lo que no se configuran como sujetos de asistencia social, contrario a lo que sucede con los no indígenas, para los cuales todavía queda la esperanza de que las bondades del asistencialismo lograrán rescatarlos del trabajo en calle.

Colonias populares

El cuarto bloque de beneficiarios estaba compuesto por los menores de colonias populares. Como vimos arriba, el personal tenía la necesidad de aumentar la cantidad de inscritos en el programa, pero no podía valerse de los migrantes tzotziles para ello debido a que no podían permanecer en el mismo por largos periodos de tiempo.

Entre abril y junio del 2006 el personal del programa realizó una serie de campañas en algunas colonias “populares” o de la “periferia” para invitar a niños a la

escuela abierta, ya que tenían que inscribir al menos 15 de ellos en el programa. Al preguntarle si se iban a enfocar en aquellos que trabajaran en cruceros, la coordinadora educativa dijo que no, puesto que le habían dicho que el programa también atendía a niños *en* la calle, que vivían con sus familias. Por otra parte, mencionó que ya no habían optado por los cruceros porque iba a suceder lo mismo que con los niños de Chiapas: que no se quedaban tanto tiempo. El entonces coordinador de trabajo en calle justificó el cambio de enfoque afirmando que, si bien no trabajaban en calle, “su situación de vida es muy precaria y no están asistiendo a la escuela” (diario de campo 18/04/2006).

Unos días después de la primera campaña, llegaron cinco niños de la colonia 18 de marzo, ubicada en la junta auxiliar de San Francisco Totimehuacán: la madre dijo lavar ropa ajena y afirmó que el padre la había abandonado hace tiempo. Estos menores fueron integrados a la escuela abierta de inmediato y se les iba a empezar a dar la beca una semana más tarde. En las semanas siguientes comenzaron a llegar más menores, a los cuales se les comenzó a dar 100 pesos semanales para el transporte y acordaron darles otros 100 pesos si sacaban buenas calificaciones.

En febrero del 2007 el programa contaba con 39 menores en la escuela abierta, de los cuales la gran mayoría era producto de estas campañas en las colonias populares de la ciudad. En este punto, la coordinadora educativa señaló que este esfuerzo estaba orientado a darle un enfoque de prevención al programa. Sin embargo, comentó que las autoridades del DIF Municipal habían hablado con el jefe de programa para recordarle que el programa tenía que orientarse más hacia los “niños de la calle” (refiriéndose, en realidad, a los que trabajaran en crucero), por lo que en febrero del 2007 ya no estaban aceptando a más niños de estas colonias. Además, señaló que muchos de los menores inscritos en la escuela invitaban a sus hermanos y familiares al programa y que ya eran demasiados. La búsqueda de niños en los cruceros empezará en cuanto tengan a un coordinador de calle, pues el último cambió de puesto (al interior del DIF Municipal) en enero del 2007, después de casi un año de estar en el programa.

Uno de los policías que trabaja en el dormitorio distinguía bien a los niños de las

colonias populares, comparándolos con aquellos que llevaban entre dos y cuatro años asistiendo al programa: afirmaba que los primeros eran más tranquilos porque no eran de la calle. Se disculpó por la comparación que iba a hacer, al decir que los primeros eran como animalitos de casa, que los tiene uno ahí y más o menos se están quietos, son “buenos”. Por el contrario, los animalitos que viven en la selva son más rebeldes, “nomás ven a alguien, se asustan y corren”. Miguel, Alberto y Salvador entraban en esta última categoría. El policía pensaba que esto se debía a que sus padres no los trataron con “rigor”, pues él estaba convencido de que esos niños debían de ser tratados con mano dura, incluso –o especialmente– por los maestros.

Grupo de pintores

El grupo conocido al interior del programa como “los pintores” está formado por cinco individuos que entraron al programa entre 1999 y 2002 siendo niños y continúan actualmente en él como mayores de edad (entre 18 y 20 años). Estos cinco jóvenes iniciaron en el programa de “despintagraffiti” durante la administración priísta 1999-2002, se convirtieron en el “grupo o cuadrilla de pintores” en la administración panista 2002-2005 y participan en el Programa Asistencial para Pintores con la administración priísta 2005-2008.

A lo largo de estas tres administraciones municipales el número de personas en este grupo fue cambiando, así como el perfil y la orientación del mismo, como mencionamos líneas arriba. Durante el trabajo de campo, el número fluctuó entre dos y siete muchachos, debido a que estos salían en busca de un empleo mejor remunerado y, en varios casos, al no encontrarlo regresaban al programa. En uno de los casos, de manera excepcional, la búsqueda de otro empleo estuvo fuertemente condicionada por el deseo de estudiar en una escuela más formal en donde se avanzara más rápido.

El contacto con este grupo se realizó a partir de las clases de inglés que les impartía, a petición de la coordinadora educativa del programa, dos veces por semana.

Se realizaron cuatro entrevistas en total, abarcando los siguientes temas: la familia, el trabajo y el programa; el quinto miembro salió por una larga temporada a trabajar en Villa Hermosa como pintor, luego regresó a Puebla y posteriormente al programa a trabajar porque su esposa estaba embarazada.

Santos y Óscar

Santos y Óscar son dos hermanos que ingresaron al programa en el 2001, cuando tenían 14 y 15 años respectivamente. Su hermano mayor, Omar, había entrado un poco antes y fue quien los llevó ahí. Omar únicamente estuvo tres o cuatro meses porque quería ganar más dinero y en el programa solamente recibía 350 pesos semanales; posteriormente, se fue a los Estados Unidos y actualmente trabaja en un restaurante de comida rápida en Arizona.

Los abuelos viven en Libres y se dedicaban al campo; Santos y Óscar viven en la ciudad de Puebla con su madre, cuatro de sus seis hermanos y hermanas, y dos sobrinas en la colonia Bosques de Santa Anita. Su padre, quien falleció hace ocho años, trabajaba como bañero y su madre es ama de casa. Santos y Óscar trabajaron en la calle cuando eran más pequeños: el primero limpiaba parabrisas todas las tardes después de la escuela cuando tenía 13 años y el segundo hacía malabares desde los 11. Santos trabajó en esto durante un año mientras que Óscar lo hizo durante tres: “pues porque no teníamos dinero; en esos tiempos era cuando éramos jodidos... bueno, más” (Óscar Sánchez [beneficiario del programa 2001-actualmente], entrevistado el 27 de marzo del 2006).

Con el programa de “despintagraffiti” recibían 360 pesos a la semana; posteriormente, con la administración panista subieron a 450 gracias al trabajo como pintores (más 100 pesos de la beca si iban a estudiar) y actualmente se ha mantenido en 550 pesos semanales. Ambos le dan 300 pesos a su madre “para el gasto” y ellos se quedan con 250 para sus gastos personales, parte de los cuales incluyen el pago de las cervezas que quedan a deber durante la semana.

Óscar salió del programa durante un mes porque había conseguido otro trabajo como pintor en donde ganaba el doble de lo que recibía en el DIF; sin embargo, cuando ya no hubo más trabajo regresó al programa. Ambos coinciden en que deberían recibir 800 pesos semanales; Santos piensa que esto no sucede porque “no sé, pues quieren seguir robando pero nomás para ellos (...) los del PAN ¿no? O los del PRI, bueno los del PRI (...) los que estén ¿no? (...) pues ¿quién va a robar? pues, yo robaría pero pues para mí, ¿no?” (Santos Sánchez [beneficiario del programa 2001-actualmente], entrevistado el 26 de febrero del 2006).

Por su parte, Óscar da otra explicación del porqué ganan tan poco como pintores en el DIF:

Pus según es una ayuda nomás (...) eso lo dicen cuando pedimos aumento (...) como diciendo, “ustedes no pueden reclamar nada” (...) [al final del año] nos dan [dinero] pero no es aguinaldo, es como una compensación porque nosotros no merecemos aguinaldo (Óscar Sánchez [beneficiario del programa 2001-actualmente], entrevistado el 27 de marzo del 2006).

Esto se relaciona con la posición que ocupan dentro de la jerarquía de trabajadores del DIF Municipal, por ejemplo, en relación con los trabajadores de intendencia o los encargados del almacén:

Nosotros somos pintores, según. Luego, cuando hay que descargar, hay que mover las oficinas, nosotros tenemos que hacerlo porque los demás no, no quieren, pues porque no, que ellos no (...) los de intendencia, los de almacén, todos ellos y, haga de cuenta, cuando nos necesitan, nos hablan a nosotros, pero cuando hay así que comida y que salir temprano, ellos son los primeros y a nosotros no nos avisan. A nosotros nos mandan a trabajar como si fuera cualquier otro día, y eso es lo que no [me gusta] [ellos] son de base (...) o son de sindicato (Óscar Sánchez [beneficiario del programa 2001-actualmente], entrevistado el 27 de marzo del 2006).

Con respecto al programa, Óscar menciona que “a nosotros lo que nos dijeron que era para enseñarnos a trabajar, a ser responsables...” pero para él “namás es un trabajo como cualquier otro y ya” (Óscar Sánchez [beneficiario del programa 2001-actualmente], entrevistado el 27 de marzo del 2006). Ambos expresan rechazo hacia la categoría “niño de la calle”. Santos menciona que:

Pues a veces nos sentimos mal porque así vamos caminando o así y pasan así del DIF y nos dicen: “¡ahí van los niños de la calle!” y pues cómo les parecería que nosotros les dijéramos algo a ellos, ¿no? (...) también “niños de la calle” es como si no estuviéramos ahí haciendo nada (Santos Sánchez [beneficiario del programa 2001-actualmente], entrevistado el 26 de febrero del 2006).

Por su parte, Óscar no tiene problema con el nombre del programa:

El problema es cuando le dicen a uno: “qué onda, ven acá niño de la calle”, ahí es el problema (...) no soy de la calle, todos tenemos casa. O sea, ellos piensan que nos sacaron de las calles y que estábamos viviendo en la calle (...) pero no, todos tenemos casa (Óscar Sánchez [beneficiario del programa 2001-actualmente], entrevistado el 27 de marzo del 2006).

Carlos

Carlos es primo de Óscar y Santos y hermano de Alberto. Entró al programa en el 2001 a los 13 años por invitación de sus primos y sin haber trabajado en la calle:

Estaban contratando pero este alguien que trabajara en los cruceros y si no, pues así no los podían contratar y este pues yo le dije que sí, yo este como se llama dizque trabajaba yo en cruceros y así limpiando parabrisas o vendiendo cualquier cosa ¿no? y pues así ya me dijeron que sí pues (...) la verdad es que para querer trabajar namás... le inventé, ya (...) la primera mentira fue pues que yo sí trabajaba en los cruceros ¿no? (Carlos Olvera [beneficiario del programa 2000-actualmente], entrevistado el 27 de febrero del 2006).

Carlos vive con su hermano y es padre de dos hijos pero no vive con su novia, quien trabajó un tiempo en el dormitorio como encargada de la limpieza. Al igual que su primo Óscar, habla de las diferentes tareas que tenía que desempeñar en el trabajo como pintor:

Ya cuando no había trabajo de eso [de pintor] ya nos ponían a cargar, o si no que íbamos a, este, a los centros, este, de costura, hasta los centros de capacitación a ayudar así en cualquier cosa, para mover muebles o para lo que, o sea, sacar lo que ya no servía y (...) amontonarlo en (...) un solo lugar (...) pero había escritorios, este, sillas así que servían pero no, mira, nunca, este, o hasta mesas así, este, sillas buenas y este nunca nos dijeron que si, bueno, pues querían una mesa (...) porque estaban buenas las mesas (Carlos Olvera [beneficiario del programa 2000-actualmente], entrevistado el 27 de febrero del 2006).

Al igual que Miguel o Salvador, habla del cambio de administraciones en términos de lo que recibía del programa: “antes nos daban despensa cada mes. Ya cuando entró el licenciado Israel ya nada más nos dieron una al mes y luego era, este, una así a los dos meses, luego tres meses nos daban dos... y así luego ya se fue así como acabando eso y ya no nos dieron” (Carlos Olvera [beneficiario del programa 2000-actualmente],

entrevistado el 27 de febrero del 2006). De la misma manera que su primo Óscar, está conciente de que su trabajo como pintor está mal pagado y no incluye beneficios como el seguro social; sin embargo, a diferencia de su primo, esto no parece importarle mucho:

El señor que siempre andaba molestando al licenciado Israel, lo andaba molestando que no, quería su seguro, que quería aumento, este que no sé que, ¡ah! Hasta quería su consulta gratis este allá en el DIF y pues el licenciado pues sí, bueno, como que le molestó eso pero pues (...) pero es que si no estamos este este ganando este algo así que digamos bien digo pues sí todavía, pero no estamos en un trabajo que sea peligroso (...) pues mejor ya este este consígase otro trabajo donde le paguen bien, donde le den este su despensa semanalmente y su seguro; si es lo que quiere pus, hay muchos trabajos pero aquí no se nos puede dar eso por lo mismo de que no este no están en como en nómina o sea en sindicato ¿no? (Carlos Olvera [beneficiario del programa 2000-actualmente], entrevistado el 27 de febrero del 2006).

De manera similar, afirma que conoció a varios muchachos que se salieron del programa porque no ganaban lo suficiente, aunque parece que no estaba de acuerdo con esa actitud:

Pues ellos no sé lo que quieren, lo que quieren es ganar más pero yo no sé para que quieren ganar más, si, si se lo van a gastar en puras, en puras tonterías, como nomás en el alcohol, nomás piensan en el alcohol, el alcohol en lugar que piensen en comprarse así... un mueble (Carlos Olvera [beneficiario del programa 2000-actualmente], entrevistado el 27 de febrero del 2006).

Con respecto al término “niño de la calle”, este tampoco parece molestarle mucho:

Digo está bien, como nos dicen (...) antes nos decían, este, no pus que si nos prestaban este este a los niños de la calle, para este como se llama para este ir a traer unos muebles o así cualquier cosa y antes nos decían eso pero ahora ya nomás dicen que si “nos prestan a sus muchachos” o a “los pintores” o así nada más (Carlos Olvera [beneficiario del programa 2000-actualmente], entrevistado el 27 de febrero del 2006).

Javier

Javier entró al programa cuando tenía 13 años, a finales de 1999, cuando este se llamaba “despintagraffiti”:

Ese programa se hizo para recoger a, según, a todos los niños de la calle y darles este un trabajo (...) a veces llegó un tiempo que [trabajábamos] hasta en la noche, porque así como que el gobernador quería que se estuviera así todo el centro histórico, sin graffitis y nos tocaba hasta en la noche (Javier Martínez [beneficiario del programa 1999-febrero 2006], entrevistado el 19 de marzo del 2006).

Describe su entrada al programa de la siguiente manera:

Ah, sí, un amigo, este ¿cómo se llama? cuando limpiaba yo parabrisas desde como los siete años (...) hasta como los 10 años, entonces (...) lo volví a ver, entonces cuando vino por acá y me dijo que estaba ese programa y fui con él (...) [mi amigo] limpiaba parabrisas y, como siguió limpiando parabrisas, pues lo cogieron y le dijeron que había ese programa; no tenía mucho que [yo] había acabado de parabrisas entonces fue cuando dije: no, ya no voy a limpiar parabrisas y ya después al poco, uno, diríamos un mes, dos meses, fue cuando me dijo: “no, pues mira está el programa” y fui para allá a trabajar (...) me dijo [mi amigo que] había chamba pero dice “no, ¿sabes qué?, tienes que decir que limpiabas parabrisas” le digo: “ay, no... es... cierto” (...) entonces, fue como entré (Javier Martínez [beneficiario del programa 1999-febrero 2006], entrevistado el 19 de marzo del 2006).

Javier vive con su madre en la colonia San Ramón, tiene tres hermanos: uno de ellos es campesino, otro mecánico y uno más está desempleado y una hermana que es ama de casa. Sus padres están separados: su padre es mecánico y su madre tiene un pequeño negocio de antojitos afuera de su casa. Uno de sus abuelos era policía y el otro campesino; ambas abuelas eran amas de casa. Cuando Javier era pequeño, ayudaba a su madre a vender tortillas hechas a mano y, a los siete años, empezó a trabajar en las calles limpiando parabrisas. Posteriormente, de los 13 a los 20 años estuvo en el programa del DIF Municipal y, actualmente, trabaja en una compañía de fumigación (en donde gana 500 pesos a la semana) y estudia por las tardes para obtener su certificado de preparatoria.

Con respecto al trabajo que realizaba dentro del programa del DIF menciona que:

[En el programa “niño de la calle”] ya era un trabajo como oficial para uno mismo porque nos dedicaban así a pintar tiendas del DIF, desarrollos, todo eso, o sea que ya no vendría siendo como un apoyo (...) ya era más un trabajo, pero ellos decían que era como un apoyo (...) nomás eso fue lo que nos dieron lo del estudio, pero así dentro del trabajo digamos que si no estudiábamos, pues no nos pagaban (Javier Martínez [beneficiario del programa 1999-febrero 2006], entrevistado el 19 de marzo del 2006).

Al igual que Santos y Óscar, del dinero que ganaba en el programa, destinaba la mitad para su madre y la mitad para él, y distinguía entre la beca que los menores recibían y el dinero que ellos obtenían como pintores:

La beca es para los chicos, entonces digamos que nada más es puro estudio y les dan su dinero. Y exactamente uno no, digamos que lo que nos dan es como si lo

estuviéramos desquitando en el trabajo (...) que vienen diciendo ellos, que pues es un apoyo, que es, son la beca; pero no, porque pues si fuera eso no trabajaríamos y le, tendríamos lo que ellos nos quieren nomás puro estudio... (Javier Martínez [beneficiario del programa 1999-febrero 2006], entrevistado el 19 de marzo del 2006).

Javier también conoció a varios muchachos que se salían del programa e identificaba los siguientes motivos:

Algunos decían que se aburrían, otros dicen, que no, pues, pagaban este muy poco y no querían aumentar y, luego a veces algunos sí se portaban mala onda con ellos (...) no les parecía el trabajo, mejor prefieren estar limpiando parabrisas, porque ganaban más dinero que lo que les daban ahí (Javier Martínez [beneficiario del programa 1999-febrero 2006], entrevistado el 19 de marzo del 2006).

Hablando del término de “niños de la calle”, Javier opina que:

[Los muchachos] entonces se sentían mal porque así en el DIF, pues todos así como que los criticaban [los licenciados] y cosas así, de que: ‘¡los niños de la calle, que los mugrosos!’ y todo eso, entonces pues era malo porque pus estaban trabajando igual que ellos y ¿cuál era la diferencia? (Javier Martínez [beneficiario del programa 1999-febrero 2006], entrevistado el 19 de marzo del 2006).

Su participación en el programa terminó en febrero del 2006 y, a diferencia de los demás, esto no estuvo determinado únicamente por el deseo de ganar más dinero: “pues ya llevaba yo como medio año estudiando y no veía que se progresaba en el bachillerato, entonces decidí estudiar por mi propia cuenta este año” (entrevista con Javier, marzo 2006).

Como se puede apreciar, este grupo refleja muy bien el carácter asistencialista del programa, lo cual será abordado con mayor profundidad al final del siguiente apartado, en la parte en donde se discute la importancia de la beca otorgada a los beneficiarios del programa.

Percepciones institucionales acerca de la población beneficiada

Enseguida se examinan las percepciones institucionales sostenidas en el programa con respecto a los menores durante las administraciones del PAN (2002-2005) y del PRI (2005-2008). Esto se hace a través de dos iniciativas diseñadas e impulsadas desde el programa dirigidas al público general: la campaña “No más monedas en cruceros” y una

obra de teatro titulada “Un encuentro monstruoso”, así como de las entrevistas con 12 miembros del personal de ambas administraciones.

Antes de comenzar, es importante señalar que entre los trabajadores de la administración del PAN y, en menor medida entre algunos de aquella del PRI, existía la percepción de que programa Dormitorio y Niños de y en la Calle, el personal y sus beneficiarios tenía una imagen negativa al interior del DIF Municipal:

Éramos el patito feo ¿no? del DIF, así como, dormitorio y niños de la calle eran así como fúchila, o sea incluso a nosotros ¿no? porque pues los del DIF, o sea, nos veían llegar con los niños y, entonces como son tremendos y que brincan y esto y l'otro y... este, pues era así de “ay, ya llegaron estos” ¿no? o sea, entonces, si había algún problema en el DIF, era así como de... es que ya rompieron esto, y entonces ahí la gente repelaba... (Berenice Munive [maestra 2004- 2005; coordinadora educativa 2005-enero 2006], entrevistada el 14 de abril del 2006).

El jefe de programa durante la administración panista compartía este punto de vista en términos de la población con la que trabajaban:

Es que algunas personas se dedican a atender a los pobres bonitos; [el programa] niños de la calle se dedica a atender a los pobres que nadie quiere: al borracho, al drogadicto, al conflictivo, la niño pelado, grosero, a veces ladrón, esos son los nuestros (Israel Gonzága [jefe de programa 2002-2005], entrevistado el 11 de mayo del 2006).

Como se mencionó anteriormente, la población beneficiada –en particular algunos miembros del grupo de los pintores–, resentía esta imagen y el trato de quienes trabajaban en el DIF Municipal.

Campaña “No más monedas en cruceros”

Durante la administración panista 2002-2005 se diseñó una campaña de sensibilización llamada “No más monedas en cruceros”, la cual estaba orientada a concientizar al público en general sobre el trabajo en calle. Esta campaña constituyó una expresión de la postura del gobierno municipal de ese periodo, a través del sistema DIF Municipal, así como de las percepciones y acciones del personal que trabajó en el programa de “Niños de la Calle” en torno a los menores que trabajaban en las calles.

La campaña buscaba hacer reflexionar a la gente acerca de lo que pasaba con el dinero que se les daba a los niños que trabajaban en las calles, mediante carteles pegados en las calles más transitadas de la ciudad y *spots* diseñados para la televisión. La idea que transmitían era que el dinero ataba a los niños a la calle, en tanto que eran explotados por adultos, particularmente sus padres. Las consecuencias de darles dinero consistían en que: “más padres enviarán a sus hijos a los cruceros, más niños desertarán de la escuela y más jóvenes tendrán hijos en la calle” (Sacher 2006).

En lugar de dar una moneda, se proponía “cambiar la moneda por un compromiso concreto con las instituciones que trabajan con ellos y para ellos, con las escuelas, hogares y centros de salud que dignifican su vida haciéndolos niños”. Este compromiso consistía en donar dinero o tiempo a organizaciones como JUCONI, IPODERAC (Instituto Poblano de Readaptación) y Hogares Calasanz, quienes “tienen experiencia y toman este problema en su globalidad, buscando respuestas adecuadas y resultados a largo plazo [...] pero les hacen falta mas medios para trabajar.” Se señala que el problema no es que los niños estén en la calle, sino que “la calle los atrapa, los amarra y los va destruyendo poco a poco” (Sacher 2006).

La campaña también incluía invitar a la gente que trabajaba en los cruceros para ir al programa Dormitorio Municipal y Niños de la Calle, en donde se trataría caso por caso para decidir qué hacer para evitar que esa persona regresara a la calle (Sacher 2006). En la campaña la calle era percibida como un espacio fundamentalmente negativo, como ilustran las siguientes afirmaciones:

“- La calle atenta contra su salud. Las inclemencias del tiempo y la alimentación deficiente originan infecciones, enfermedades respiratorias y desnutrición a quienes trabajan en ella.

“- La calle es un peligro constante. Desde los malos tratos de la gente, un atropellamiento, abusos y raptos, hasta la cercanía con las drogas de las que son víctimas tan vulnerables.

“- La calle limita sus posibilidades de desarrollo educativo. El niño de la calle tarde o temprano es un desertor escolar, pues no sólo se da cuenta de que más tiempo en la calle significa más dinero, sino que en ella va adquiriendo hábitos que le impiden adaptarse a un sistema formal como es la escuela.

“- La calle atenta contra su futuro. La calle sólo los lleva a la calle. Sin estudios y

acostumbrados a la falta de autoridad, al dinero inmediato y a la total desestructura de la calle, difícilmente podrán adaptarse a un trabajo formal que les respete sus derechos como trabajador y les permita superarse.

“- La calle es explotación. No son pocas las familias que viven del trabajo de sus niños en los cruceros. Un niño tiene derecho a jugar, tiene derecho a no trabajar, a que lo provean y no a proveer. Definitivamente, un niño en la calle no está siendo niño” (Sacher 2006).

Lo anterior hace eco del trabajo de Da Matta (1991) en torno a su definición de casa y calle, como términos que constituyen entidades morales —más allá que espacios espaciales y sociales—. La casa se presenta como el reino de los lazos relacionales y del privilegio que confieren la personalidad social, los derechos humanos y la ciudadanía completa. Por el contrario, la calle es el reino sin límites, impersonal y peligroso; el espacio del otro, de las masas, donde uno puede ser tratado como anónimo. Por esta razón, la campaña transmite la idea de que los “niños de la calle” estarían haciendo uso del espacio público de una forma que es rechazada por otros (Caldeira 2000:257). De igual manera, el mensaje de la campaña es que estos niños están separados de todo lo que puede conferir relaciones y propiedad sin las cuales los derechos y la ciudadanía son imposibles (Scheper-Hughes y Hoffman 1998:360). Ante esta situación, se implica que las organizaciones que trabajan con estos menores son las encargadas de reintegrarlos a estas relaciones para que puedan ser ciudadanos completos.

Más aún, Da Matta explica que, para los brasileños, “casa” y “calle” son categorías sociológicas que designan entidades morales, esferas de acción social y dominios culturales institucionalizados y, por esto, son capaces de despertar emociones, reacciones, leyes, oraciones, música e imágenes. La oposición de casa y calle tiene que entenderse como un par estructural que está constituido por la dinámica propia de sus relaciones, al tiempo que es constituyente de las mismas (Da Matta 1991:17-19). Por otra parte, afirma que cada sociedad tiene una gramática de espacios y de temporalidades para poder existir como un todo articulado, y eso depende fundamentalmente de actividades que se ordenen también en oposiciones diferenciadas, permitiendo que existan memorias diferentes en cualidades,

sensibilidades y formas de organización (Da Matta 1991:41). En este sentido, la campaña constituye a la calle como una entidad moral, una esfera de acción social y un dominio cultural que despierta emociones, reacciones, leyes e imágenes.

Además de conferir a la calle una imagen negativa, también se hace de ella una especie de fetiche: es como si la calle, por sí sola, causara todos estos efectos negativos (enfermedades, deserción escolar, drogadicción), con lo que se suprime el papel que juegan los aspectos económicos, como la necesidad de generar ingresos para su familia. Por otra parte, la falta de seguro social se enlista como uno de los riesgos del trabajo en la calle, cuando este, junto con la falta de otros beneficios laborales, es uno de los rasgos que lo hace posible, como en el caso de las compañías que comercializan sus productos en la calle (e.g. Bonice y Telcel). Más aún, la falta de seguro social es un rasgo que encontramos cada vez con más frecuencia en todo tipo de empleos, aún en el sector formal.

Los carteles que promovían esta campaña transmitían todos estos mensajes de forma gráfica, de manera que los conductores, los peatones y los propios individuos que trabajaba en las calles podían acceder a ellos de manera cotidiana. Hubiera sido interesante poder evaluar las percepciones de todas estas personas con respecto a la campaña, para documentar las diferentes reacciones que provocaba en el público; sin embargo, esto no fue posible debido a que esta ya no fue retomada por la siguiente administración. El actual subdirector de atención jurídica del DIF Municipal afirmó que esto se debía a motivos presupuestales, no por estar en desacuerdo con el contenido de la campaña en sí: en lugar de retomarla a nivel mediático, se decidió invertir el dinero en un nuevo inmueble para el dormitorio municipal.

Obra de teatro “Un encuentro monstruoso”

Durante la administración priísta 2005-2008 se llevó a cabo una obra de teatro organizada por un voluntario francés que trabajó con los menores durante seis meses,

el cual se encargaba del taller de teatro. La obra se tituló “Un encuentro monstruoso” y participaron tres de los cuatro adolescentes que en esa época asistían al programa: Alberto, Miguel y Salvador. Al final, Joaquín no participó en la obra debido a que el fin de semana anterior había tenido problemas en su casa y en el programa a raíz de su consumo de drogas, por lo que tuvo que ser sustituido por la persona que escribió la obra de teatro.

Un día antes, durante el ensayo de la obra, los menores fueron entrevistados por Televisa; una estrategia propagandística para difundir las acciones del DIF Municipal en favor de los niños “de y en” la calle. Entre otras cosas, la reportera les preguntó que si trabajaban en la calle, a lo que Alberto respondió que él nunca lo había hecho. La reportera también entrevistó al voluntario francés que dirigió la obra de teatro, el cual afirmó: “el hecho de venir de un país de primer mundo, trabajar con estos niños es una lección de humildad”. Por su parte, el personal del programa les había prometido regalarles unas bicicletas por haber participado en la obra, pero parece que al final no se las dieron.

El día del evento asistieron cerca de cien personas, entre personal del programa, autoridades del DIF Municipal —entre ellas la esposa del presidente municipal, presidenta de dicho organismo— y el público general; de los familiares de los menores solamente asistió la madre de Salvador. En el folleto que repartieron a todos los asistentes se incluía una breve descripción del programa, cuyo objetivo se planteaba como “coadyuvar y acompañar a las personas en la solución de sus problemas”. Además, se afirmaba que la obra se planteó como:

Una metáfora de la vida de los niños de la calle que la gente ve como diferentes, extraños y quizás como monstruos por la falta de educación de que son víctimas. Inconscientemente estos niños quisieran ser “normales”, tal como los monstruos de la obra quieren “desmonstruarse”. La obra nos sugiere que unidos los niños pueden cambiar su forma de vida y dejar entonces la calle para poder estudiar y tener un entrono de vida más apropiado a sus edades (De Loitiere y Corona 2005).

Por otra parte, el autor de la obra explicaba que la anécdota que se contaba en la misma era:

La lucha eterna del excluido, de quienes en nuestra aparente marginación aprendemos con las situaciones más crueles de la vida que lo único que tenemos es a nosotros mismos (...), es decir, hallamos en quienes tienen problemas semejantes a los nuestros los ladrillos para hacer el muro infranqueable que nos hará seres plenos (De Loitiere y Corona 2005).

Al igual que con la campaña “No más monedas en cruceros”, la obra de teatro refleja públicamente la forma en la que los miembros del programa de ese periodo veían a los “niños de la calle”. El mensaje que transmitieron al público contribuye, hasta cierto punto, a aceptar y naturalizar ciertas cuestiones como la idea de que los niños de la calle son monstruosos y anormales y que “inconscientemente” quieren cambiar esto. Su situación se ve como inherente al individuo: el hecho de que estén o dejen de estar “en situación de calle” es una cuestión individual, lo que contribuye a pensar que, en efecto, es “su culpa” encontrarse en esa situación. A pesar de esto, se entiende que no pueden salir solos de su situación, por lo que necesitan que programas como el del DIF “coadyuven” a ello, lo que equivale a hacer de ellos sujetos de asistencia social que necesitan de programas asistenciales para volverlos “concientes” de que es necesario alcanzar una normalidad que se conforme con los estereotipos clasemedios de la niñez.

Los menores que participaron en la obra estaban entusiasmados en formar parte de ella, pero, desde nuestra perspectiva, su entusiasmo estaba más condicionado por la expectativa de recibir las bicicletas prometidas que por la experiencia de “desmonstrarse” y de “expresar sus sentimientos e ideas sobre su propia vida y la situación que han vivido en calle” (como predicaba el folleto), en especial cuando uno de ellos —Alberto— nunca había estado en esa situación.

Entrevistas con el personal

Se realizaron entrevistas con 12 miembros del personal que trabajó en el programa: cuatro en la administración del PAN (2002-2005) y ocho en la del PRI (2005-2008). El objetivo general fue conocer cómo funcionaba el programa y, de manera más

importante, las percepciones sostenidas acerca de los “niños de y en la calle”. Interesaba conocer cómo caracterizaban a los menores beneficiarios del programa, en particular, la manera en que definían al “niño de” o “niño en” la calle, las razones o causas por las que existía esta población y, finalmente, si se podía hacer algo para “prevenir” que existiera.

Este grupo de entrevistados incluyó a los tres jefes de programa durante el periodo señalado y al personal que se desempeñaba en alguna de las coordinaciones o subprogramas que existieron en esas dos administraciones. Así, las respuestas que se obtuvieron abarcaron una amplia gama de puntos de vista provenientes de abogados, antropólogos, educadores, pedagogos y psicólogos principalmente. En este sentido, la falta de criterios estandarizados para seleccionar al equipo de trabajo se hace evidente en la coexistencia de dos motivos para trabajar en el programa radicalmente diferentes: “[entré a trabajar aquí] por un amigo que tengo aquí (...) del DIF; el es coordinador jurídico, este, por medio de él y por mis ganas de regresar a Puebla por una exnovia que tuve” (Jairo Emanuel González [coordinador administrativo noviembre 2005-marzo 2006], entrevistado el 17 de marzo del 2006).

De manera contrastante, otro miembro del programa afirmaba que:

[Entré a este trabajo] por la necesidad de servir. Yo soy una persona que siempre se ha caracterizado [por] el servicio, el altruismo; desde pequeño yo fui a los scouts y ahí te enseñan esa filosofía del servicio, del altruismo, aparte porque mis dos carreras [psicología y leyes] van ligadas al aspecto humano-social (...) poder ayudar con un grano de arena (Luis Alberto Rojas [coordinador de trabajo en calle febrero 2006-enero 2007], entrevistado el 27 de marzo del 2006).

De estas 12 personas, siete reconocieron que habían entrado al programa a partir de recomendaciones de amigos que laboraban en el programa o en el DIF Municipal, o bien, por afiliación al partido que había ganado las elecciones municipales. El resto de los entrevistados afirmó haber ingresado sin haber sido recomendado por nadie, como es el caso de la actual coordinadora educativa, la cual se enteró de la vacante por medio de un sindicato de maestros y, tras una entrevista, fue contratada.

Finalmente, con respecto al trabajo con la población beneficiaria, varios

entrevistados señalaron que las problemáticas de calle y la actitud conformista de los beneficiarios del programa generaron cierto desgaste y frustración entre quienes trabajaban en el mismo.

¿Qué es un niño de/en la calle?

De los doce entrevistados, todos estaban concientes de la distinción entre “niño de y en la calle”, la cual puede resumirse claramente como: “un niño de la calle vive y trabaja en la calle, mientras un niño en la calle trabaja en la calle pero tiene una casa” (Armelle Sacher [servicio social febrero-septiembre 2002; empleada del programa septiembre 2002-febrero 2005], entrevistada el 29 de marzo del 2006). Esto contrasta con la confusión de la que hablábamos anteriormente, en donde el nombre del programa incluía la referencia al “niño de la calle”, lo que llevaba a pensar que el programa atendía a los menores que vivían en ella dándoles alojamiento en el dormitorio municipal. Además de que estaban concientes de esta diferencia, se empleaban otros criterios para definir a estos menores que aplicaban para una y otra categoría, por ejemplo, la violencia física y emocional (principalmente a manos de los padres), la situación de abandono en que se encuentran los menores, la falta de “valores” y la precaria situación económica de la familia. En este sentido, estos menores se caracterizaban por una carencia de afecto, de autoestima y de lazos familiares: “(...) falta de cariño, de una guía, a qué seguir y, se van a lo más fácil, que son las drogas, el robo, todo eso” (Jairo Emanuel González [coordinador administrativo noviembre 2005-marzo 2006], entrevistado el 17 de marzo del 2006).

El aspecto espacial fue mencionado varias veces a partir de la existencia de un niño “de casa” en oposición a un niño que vive o trabaja en la calle: “los niños [de y en la calle] tuvieron algún maltrato por parte de sus padres, porque a lo mejor ya no tienen padres, a lo mejor alguna otra situación que no es normal para un niño, que comúnmente conocemos como niño de casa” (Baruc Martínez [coordinador de

dormitorio mayo 2005-marzo 2006], entrevistado el 28 de marzo del 2006). Así, pareciera que la violencia y la orfandad están determinados por una cuestión espacial, en donde estas condiciones serían anormales para aquellos menores que habitan en el ámbito privado, no así para quienes trabajan o viven en espacios públicos. Esto recuerda lo que Da Matta (1991) proponía acerca de la casa y la calle como dos entidades morales más que espaciales, en donde la primera confiere las relaciones que, en este caso, se perciben como las “normales” y adecuadas para un menor.

El jefe de programa durante la administración panista incluyó el criterio de temporalidad en su definición de “niño de la calle”, así como un contraste entre los menores de clase media y los menores que viven en la calle:

Hay niños traviesos que se van de sus casas. A la semana, dicen “no me vuelvo a escapar de mi casa”, regresan: ¿era niño callejero? No. Hay muchos chicos que nunca les han tocado un pelo; al revés que, por creerse la divina garza, dice, pues... ahorita... “no me llevan a comprar lo que yo quería de regalo pues me voy a la calle” y se van a ir por rebeldes. No. También conoces chavos del Americano, del Benavente que nunca están en su casa, digo, a veces ni para dormir, pero no son chavos calle. Entonces, no. Chavo calle es aquel que, que vive, come, hace actividades, se relaciona con todo lo que es de calle y que, por lo menos debe de estar 30 días para poder ser llamado niño de la calle (Israel Gonzága [jefe de programa 2002-2005], entrevistado el 11 de mayo del 2006).

En este sentido, tres de los entrevistados afirmaron que, en la ciudad de Puebla, el “niño de la calle” prácticamente no existía, pues más bien se daba un fenómeno de menores trabajadores de calle: “en Puebla, se dan solo cuatro casos, creo que de un estudio que hizo una universidad de Londres” (Berenice Munive [maestra 2004- 2005; coordinadora educativa 2005-enero 2006], entrevistada el 14 de abril del 2006).

De igual manera:

El que vive en la calle que aquí en Puebla; yo creo que no se ha dado tanto el fenómeno, en el DF hay muchísimos, los que viven en coladeras, son niños que se concentran en un centro y a veces son manipulados por algún jefe que los explota. Pero aquí en Puebla tenemos el fenómeno de niño en la calle (Giselle Ortega [coordinadora de vinculación y enlace diciembre 2005-septiembre 2006], entrevistada el 4 de abril del 2006).

Con respecto al “niño en la calle”, los entrevistados lo identificaron como aquel que trabaja en la calle pero que no vive en ella, pues tiene un lugar en donde pasar la

noche y una familia, desde la cual se ejerce la violencia y la explotación sobre el menor.

Dicha explotación está directamente relacionada con obtener ingresos:

Son los niños que trabajan en la calle, limpiando parabrisas, lanzando fuego, vendiendo chicles, cantando en los camiones y ellos son los que siguen estando en casa; el mito que se tiene mucho es que esos niños viven en la calle. Ahí, la situación que se da es que, regresan a sus casas, entregan un dinero a sus papás y siguen teniendo esa relación aunque también hay mucha violencia, hay mucho maltrato e incluso abandono porque los niños no reciben atención (Berenice Munive [maestra 2004- 2005; coordinadora educativa 2005-enero 2006], entrevistada el 14 de abril del 2006).

Por otra parte, se identificaron dos posiciones contrastantes en torno a si los menores se sienten a gusto con el trabajo en calle o no:

[Un niño en la calle] es un niño explotado, un niño que tiene desconocimiento de lo que está haciendo porque, cuando tú le preguntas si le agrada esa tarea te dice que no. Y cuando le pones la alternativa de que si quiere seguir estudiando te dice que sí (Luis Alberto Rojas [coordinador de trabajo en calle febrero 2006-enero 2007], entrevistado el 27 de marzo del 2006).

Probablemente al [niño] en calle se le pueda ayudar y trabajar más rápido con él. Y eso es lo que estamos sacando. Trabajar con los niños de la calle, es más pesado, es más trabajoso y haces más labor (...) ya sea por cualquier adicción, ya sea porque les gusta trabajar en calle (Baruc Martínez [coordinador de dormitorio mayo 2005-marzo 2006], entrevistado el 28 de marzo del 2006).

En este sentido, además de percibir a los menores como seres que realizan y dan sentido a sus acciones de manera inconciente, el trabajo en calle se concibe como un “gusto”, similar al gusto por las drogas, por lo que se tiene que rehabilitar. Por esta razón, el trabajo con los “niños de la calle” implica más esfuerzo por parte de quienes trabajan con ellos, aún cuando este trabajo se limita a canalizarlo a otra institución.

Otro elemento que es importante destacar es la cuestión de los “valores”, pues estos también juegan un papel importante para caracterizar a estos menores, ya sea como una causa (la falta de “valores” produce estos menores) o como un efecto (los menores, por su situación de vulnerabilidad, carecen de “valores”):

Para mí un niño de la calle es el niño que no tuvo el derecho de haber sido concebido con amor, que es rechazado, que es discriminado, marginado, que tiene una autoestima bajísima, que vive en entornos disfuncionales con mucha violencia (Mariana Igartúa [coordinadora de adolescentes y adultos jóvenes en situación de calle o en riesgo de estarlo febrero-agosto 2005], entrevistada el 22 de marzo del 2006).

Son deshonestos, no tienen respeto, entonces creo ellos no se les ha inculcado lo que es en casa, los valores, lo que nosotros aprendemos quizá en el seno familiar; si no tenemos valores podemos tener estudios pero creo que es lo que hace diferente a los niños [no tienen esos valores] por la misma forma de vida que tienen, porque, pues tan solo... son más vulnerables (Araceli Cruz [coordinadora educativa febrero 2006-actualmente], entrevistada el 27 de marzo del 2006).

Es importante mencionar que, cuando el personal habla de la falta de “valores” de los beneficiarios del programa, lo hace sin adjetivar el término, es decir, sin mencionar qué tipo de valores están invocando. En este sentido, si bien queda claro que los valores que el personal tiene en mente son los valores clasemedieros y cristianos sobre la familia (nuclear, de padres heterosexuales y monógamos, católica) como base de la sociedad, la falta de adjetivación del término da por sentado que éstos son los “valores” que deben regir a todo ser humano. Por esta razón, señalar que los menores carecen de ellos constituye una forma de alienarlos y, en casos extremos, de deshumanizarlos. Finalmente, hablar de una supuesta falta de valores de la clase media y cristianos también ignora las condiciones materiales necesarias para su configuración, apropiación y reproducción.

¿Por qué hay niños de/en la calle?

Esta pregunta suscitó una gran variedad de opiniones, en donde no existía un solo factor para explicar la existencia de estos menores, ya que en una misma respuesta se incluían diferentes factores, que iban desde la globalización hasta la falta de cariño de la sociedad. De manera general, los entrevistados citaron las siguientes causas: la corrupción del gobierno y la incapacidad de la sociedad para hacerle frente a esta situación, la falta de interés de la sociedad por “el otro”, el capitalismo, el desempleo, los cambios tecnológicos, la violencia ejercida por la familia (donde el alcohol y las drogas actúan como respuestas a la pobreza y generadoras de violencia), “el sistema”, los problemas económicos en la familia, la demografía (tener muchos hijos), la educación, y la cultura.

Antes de responder la pregunta, varios se apresuraron a mencionar que gran parte

de estos menores no eran de la ciudad de Puebla:

Yo creo que ahí hay que rectificar otro tipo de segmento poblacional, son chavos indígenas, o familias indígenas, que es mayor y que son transitorios: ellos vienen por unos meses, juntan dinero, se regresan. Los niños en situación de calle o niños de y en la calle, están asociados a otro fenómeno, que es el niño trabajador de calle. Estos niños trabajadores de calle son mayoría en Puebla (Iván Pérez [coordinador de trabajo en calle febrero-septiembre 2005; jefe de programa septiembre-noviembre 2005], entrevistado el 21 de marzo del 2006).

Estamos hablando de que, de un 100 por ciento de la población en calle, probablemente el 70 hasta el 80 por ciento casi son de fuera, de algunas entidades federativas, ya sea de Oaxaca, de Chiapas, de Veracruz, lo más común es que lleguen de este tipo de poblaciones aquí a Puebla y trabajan en calle. Entonces, por lo regular, la gente de Puebla, estamos hablando de la ciudad de Puebla o a lo mejor hasta de los municipios del estado de Puebla, son un 15 por ciento un 18 por ciento. Entonces, la población que se encuentra en calle no es, no es, total de aquí de Puebla (Baruc Martínez [coordinador de dormitorio mayo 2005-marzo 2006], entrevistado el 28 de marzo del 2006).

Varios de los entrevistados culpaban a la sociedad —sin especificar si se referían a un segmento en particular—, pero mediante opiniones encontradas. Por una parte, había quienes criticaban a la sociedad por abandonar a los menores:

Para mí, cada niño que está en la calle es culpa de cualquier persona de las que estamos o existimos en esta sociedad (...) la sociedad se ha despreocupado por acercarse, se ha despreocupado por el otro (...) yo creo que cada niño que está en la calle es responsabilidad de todos como mexicanos (Mariana Igartúa [coordinadora de adolescentes y adultos jóvenes en situación de calle o en riesgo de estarlo febrero-agosto 2005], entrevistada el 22 de marzo del 2006).

Por otra parte, otros criticaban a la sociedad por ser benévola con estos menores, movida por un sentimiento de culpa o de compasión: “Por parte de la sociedad hay mucho, también como culpa de esto porque (...) en vez de darles una oportunidad o de enseñarles a hacer el pan, les damos el pan, la respuesta más inmediata; debería de haber como este proceso de educación” (Berenice Munive [maestra 2004- 2005; coordinadora educativa 2005-enero 2006], entrevistada el 14 de abril del 2006). De igual manera, otros opinaban: “Porque la misma sociedad ha tratado de limitar estos focos; por ejemplo, aquellas personas que (...) les hacen la compra del chicle, les hacen la entrega de una moneda a cambio de limpiarles el parabrisas, entonces (...) los estarían atando más al crucero” (Baruc Martínez [coordinador de dormitorio mayo 2005-marzo 2006], entrevistado el 28 de marzo del 2006). Finalmente:

Puebla es el estado y la ciudad mejor pagada para los niños en la calle, porque tú a un niño le das cinco pesos (...) ¿por qué? por compasión (...) Entonces en Puebla el sentimiento está a flor de piel y somos muy compasivos los poblanos. Ese es un problema y eso los adultos padres lo han detectado y entonces explotan ese sentimiento (...) por eso es que hay mucho migrante hacia la ciudad de Puebla (Luis Alberto Rojas [coordinador de trabajo en calle febrero 2006-enero 2007], entrevistado el 27 de marzo del 2006).

En este sentido, atribuir la presencia de migrantes en la ciudad de Puebla a la supuesta compasión de dicha sociedad obscurece dos cuestiones importantes: el hecho de que estos migrantes provienen de la región del sureste empobrecido, y la configuración político económica de la ciudad de Puebla en tanto concentración de actividades industriales y de servicios, como vimos en el capítulo dos. Más aún, la afirmación de que los poblanos “somos muy compasivos” debería de pensarse en relación al sentimiento religioso de la caridad, como una especie de culpa que pueden experimentar ciertos individuos de la clase media y media-alta católica con respecto a la población vulnerable. Esto recuerda el trabajo de Frías Olvera titulado *Los verdaderos ángeles de Puebla. Raíces de una cultura* (1976), del que se habló en el capítulo sobre la asistencia social en México y Puebla. El autor afirmaba que el poblano, por nacimiento, era solidario con los desposeídos, ejemplificándolo mediante la enumeración de varios personajes poblanos que dedicaron su vida y fortuna a ayudar a los más necesitados.

Finalmente, es interesante notar que la noción de “dar el pan” a estos menores en lugar de “enseñarles cómo hacerlo” es la característica fundamental del asistencialismo y de la caridad cristiana, pero parece que esto no se reconoce con relación a lo que se hace en el programa del SMDIF. En efecto, la conocida frase de “no hay que darles el pescado, sino enseñarles a pescar”, se utiliza como un remedio a las críticas que arremeten en contra de las prácticas asistenciales argumentando que estas generan dependencia. Sin embargo, al ignorar cuestiones que van más allá del aprendizaje (siguiendo con la metáfora: quién va a proporcionar las artes necesarias para la pesca, cómo van a enfrentarse a los pescadores a gran escala) en realidad no se supera la intrascendencia de la asistencia social.

Un número sustancial de entrevistados mencionó a la violencia como uno de los factores que intervienen en la existencia de menores que trabajan o viven en la calle. El jefe de programa durante la administración panista entendía esta violencia en términos de una agresión sexual en contra de las madres de estos menores:

Ellos son hijos de violencia (...): un día la niña iba a trabajar, iba al mandado y un desgraciado la viola. La viola en un acto que debería de ser de amor y la convierte en un acto, lo que en estos círculos decimos: "en una chingadera". Por lo tanto, ese chico es un hijo de la chingada (Israel Gonzága [jefe de programa 2002-2005], entrevistado el 11 de mayo del 2006).

Otros miembros del personal hablaban de la violencia ejercida desde el ámbito familiar:

Se da mucho por, por la familia, ese abandono que viven los niños, esa situación de "tú no vales", de "te doy una responsabilidad que me corresponde a mí" y, de te prefiero vivo porque me sales más caro muerto, me sale más cara la caja' (...) [los niños] viven cosas tan fuertes desde temprana edad (...), que lo van orillando también a como a salir a la calle (Berenice Munive [maestra 2004- 2005; coordinadora educativa 2005-enero 2006], entrevistada el 14 de abril del 2006).

¿De dónde salen? Pues de lo marginados que se encuentran sus padres, que se ven obligados a trabajar toda la familia sin importar la edad. Y, a parte, también porque los adultos en su estado inconsciente, de ignorancia y de holgazanería, pues les es más fácil poner a trabajar a los niños (Luis Alberto Rojas [coordinador de trabajo en calle febrero 2006-enero 2007], entrevistado el 27 de marzo del 2006).

Aquí vemos como, a pesar de reconocer que existe una situación de marginación que obliga a los padres a disponer de todos los miembros de la familia para trabajar, se les describe como seres ignorantes y holgazanes que no son concientes de lo que hacen. En este sentido, hubo quienes reconocieron a la marginación como una causa directa del trabajo que los menores realizan en las calles, determinada por problemas económicos: "Muchas veces la marginación, la pobreza y todo eso es muy difícil para una familia poder superar ese tipo de situaciones [de trabajo en calle]. A lo mejor se vuelve un círculo vicioso en el sentido de que, por esa marginación el rezago es económico" (Irineo Enrique Quiroz [jefe de programa noviembre 2005-actualmente], entrevistado el lunes 20 de marzo del 2006). De igual manera:

Problemas económicos, sí muchos chavos crucero están ahí para cooperar para la familia. Explotados, engañados, algunos no, algunos te encuentras con que llegas en el día, no hay nadie: la mamá está lavando ropa, el papá está de albañil, la hija

está de mesera, el niño está malabareando, el más chiquito, pus, está con la abuelita, entonces, sí hay una situación de economía (Israel Gonzaga [jefe de programa 2002-2005], entrevistado el 11 de mayo del 2006).

En estos dos últimos extractos se puede apreciar el trabajo de los menores como una estrategia más para contribuir con la economía familiar, aunque aún permanece la idea de que muchos de ellos realizan este trabajo a partir de la explotación o el engaño. Siguiendo esta misma línea, también se citaban cuestiones de corte más estructural, aunque, en ambos casos, las personas que citaron estas causas también mencionaron otros factores como la educación, la cultura y la violencia familiar: “es un fenómeno global y sucede cuando las urbes crecen, los campesinos vienen y empiezan a trabajar en la ciudad” (Giselle Ortega [coordinadora de vinculación y enlace diciembre 2005-septiembre 2006], entrevistada el 4 de abril del 2006). Por otra parte, la coordinadora educativa mencionaba lo siguiente: “yo creo que la estructura social-económica es muy fuerte, la falta de apoyo a grupos vulnerables, el desempleo es algo muy fuerte, la misma idea de globalización, que el capitalismo y todo esto...” (Berenice Munive [maestra 2004- 2005; coordinadora educativa 2005-enero 2006], entrevistada el 14 de abril del 2006).

En otros dos casos, las cuestiones estructurales se resumían bajo la noción de “el sistema”, como un ente negativo que tiene la facultad de propiciar que los menores trabajen en las calles, lo cual contribuye a normalizar su existencia: “Porque la sociedad lo toma como un fenómeno casi ‘normal’, así de que es fácil de sobrevivir en la calle (...) porque es una situación aceptada. Los niños salen a la calle porque es algo posible, ‘permitido’ por el sistema” (Armelle Sacher [servicio social febrero-septiembre 2002; empleada del programa septiembre 2002-febrero 2005], entrevistada el 29 de marzo del 2006). Otro de los miembros del programa indicaba: “Los chavos se ven orillados por el mismo sistema a buscar alternativas de trabajo y de vida no formales, cayendo en un trabajo informal o cayendo en una actividad para-económica” (Iván Pérez [coordinador de trabajo en calle febrero-septiembre 2005; jefe de programa septiembre-noviembre

2005], entrevistado el 21 de marzo del 2006).

Finalmente, y en contraste con lo anterior, varios entrevistados aludieron a cuestiones no estructurales para explicar porqué existía esta población de menores:

Por la falta de... pues responsabilidad de los padres, que nada más se dedican a tener hijos como si fueran conejos o... de hecho es mala la comparación porque los animalitos los cuidan más que a veces los mismos humanos (...) la falta de responsabilidad, la falta de educación, no hay valores, pero no nada más en México, es en todo el mundo; usualmente en los países tercermundistas como el de nosotros se dan más esas cosas (Jairo Emanuel González [coordinador administrativo noviembre 2005-marzo 2006], entrevistado el 17 de marzo del 2006).

(...) entonces yo creo que es más que nada por cultura: somos un país sin cultura en todo tipo de situaciones y somos uno de los últimos en sistema escolar, tenemos tercero de primaria a nivel escolar. Entonces, debido a eso, yo creo que, y por todo tipo de problemas, es un país con un alto índice de pobreza, de analfabetismo (Germán de la Luz [coordinador de trabajo en calle octubre-noviembre 2005], entrevistado el 7 de mayo del 2006).

¿Se puede “prevenir” que haya niños de/en la calle?

En esta pregunta, los 12 entrevistados respondieron que sí había forma de prevenir que hubiera menores trabajando en la calle, aunque solo uno de ellos mencionó que “prevención” no era la palabra indicada para lo que se necesitaba hacer. Sin embargo, muchos de ellos dijeron que el programa del DIF no contaba con medidas preventivas en la práctica, por lo que las respuestas tenían un aire de “posibilidad”, no de una acción concreta por parte del programa.

La mayoría de las respuestas giraba en torno a la idea de educar, tanto a las familias de estos menores (mediante pláticas y programas) como al público en general (a través de campañas de sensibilización): “La mejor opción es la educación; si no educas a un pueblo, o sea, cómo quieres que salga adelante (...) saber que la sociedad tenemos que involucrarnos y que no nada más son unas personas que tienen que hacer el trabajo, es la chamba de todos” (Berenice Munive [maestra 2004- 2005; coordinadora educativa 2005-enero 2006], entrevistada el 14 de abril del 2006).

Es interesante notar que solo una persona mencionó que era necesario modificar el marco legal para proteger a estos menores del maltrato físico y moral, así como de la

explotación económica y sexual. De igual forma, solamente una mencionó la creación de empleos, pero como algo secundario después de realizar programas preventivos desde el DIF. Con respecto a las pláticas y los programas dirigidos a la familia, se pensaba que estos debían abordar, en orden de importancia, temas como la planificación familiar, los “valores” y la prevención al maltrato. Según varios entrevistados, la planificación familiar tenía que estar dirigida a los indígenas, aunque no exclusivamente: “Darle más fuerza a los programas de natalidad, más pláticas a los padres, como en el caso de los de Chiapas que tienen muchísimos hijos y todos están en la calle” (Jairo Emanuel González [coordinador administrativo noviembre 2005-marzo 2006], entrevistado el 17 de marzo del 2006). De igual manera, otro miembro del personal sugería que la prevención podía darse: “[mediante] pláticas (...) planeación familiar, desde que en las comunidades rurales no planean su familia y tienen los hijos que Dios les mande, según sus creencias” (Germán de la Luz [coordinador de trabajo en calle octubre-noviembre 2005], entrevistado el 7 de mayo del 2006).

Para aquellas pláticas y programas dirigidos a la sociedad en general, se buscaba informar sobre la situación de calle de los menores, los problemas de prostitución infantil en Puebla, la explotación económica, la violencia familiar, las instituciones que trabajan con estos menores y sobre la importancia de no dar monedas en los cruceros. Se pensaba que un buen enfoque preventivo debía incluir a las zonas expulsoras de estos menores, es decir, las colonias marginadas. Tanto para las pláticas como para los programas preventivos, se buscaba fomentar la colaboración con otras instancias: instituciones privadas y de gobierno, así como con la seguridad pública.

Otro aspecto interesante tiene que ver con que varias personas afirmaron que existe un límite sobre lo que puede hacerse para prevenir o resolver la cuestión de los menores que trabajan o viven en las calles, que tiene que ver tanto con la magnitud del problema como con la percepción de que el programa no puede, por sí solo, hacer frente a la problemática:

Ahora, uno no puede hacer milagros. Si el niño... siempre cuentas con la voluntad del otro, entonces, tú haces hasta donde más puedas, pero ese 'hasta donde más puedas' puede cambiarle la vida al niño, inclusive a ti (Mariana Igartúa [coordinadora de adolescentes y adultos jóvenes en situación de calle o en riesgo de estarlo febrero-agosto 2005], entrevistada el 22 de marzo del 2006).

No estoy diciendo que tengamos una varita mágica y que les vamos a resolver todo, o sea, sí, de alguna forma es apoyarlos en el sentido de, si hay una situación médica, ayuda psicológica, jurídica, contactar a la persona para que consigan algún empleo, resolver la situación en la medida de lo posible... (Irineo Enrique Quiroz [jefe de programa noviembre 2005-actualmente], entrevistado el lunes 20 de marzo del 2006).

Esto es importante, pues, si algo no sale bien, o el programa no funciona, siempre se puede utilizar a los menores o a sus familias como chivos expiatorios. Sin embargo, además de culpar a la víctima, también puede recurrirse a lo que Linda Weiss (1997:16) llama la "construcción política de la desesperanza" (según la cual las consecuencias sociales de la globalización son percibidas como inevitables o irreversibles), en donde los alcances del programa se miden en relación al tamaño del problema:

Híjole, es que prevención es una palabra muy, muy escasa para lo que realmente se necesita. Porque no es como una enfermedad. No es preventivo, porque es una cuestión de pobreza, y eso no lo puedes prevenir, es un problema, es un fenómeno gigante que tiene tantos elementos que si vienes a erradicarlo, tienes que erradicar todo, si, realmente es muy difícil, no creo que es prevención, digamos que es difusión de cultura y, no se puede erradicar pero sí disminuir la pobreza (Giselle Ortega [coordinadora de vinculación y enlace diciembre 2005-septiembre 2006], entrevistada el 4 de abril del 2006).

En este caso, se afirma que la pobreza no puede prevenirse, pero sí es posible hacer cosas para atenuar sus efectos, que es precisamente de lo que se encarga la asistencia social.

A partir de lo anterior se puede apreciar que existe una cierta consistencia a nivel discursivo entre las causas por las que existen menores que trabajan o viven en las calles y las medidas para prevenirlo tal y como fueron expresadas por los miembros del personal del programa. En este sentido, quienes identificaron a la familia como una de las causas que condicionaban el trabajo de los menores, sugerían darles pláticas de prevención al maltrato o de valores. Aquellos que se refirieron a criterios demográficos como la natalidad, propusieron incluir el tema de la planeación familiar en los programas y las pláticas dirigidas a esta población. Con respecto a la noción de que la

sociedad ataba a los menores a los cruceros, ya sea por abandonarlos o por ocuparse de ellos de manera asistencialista, se indicaba que las campañas de sensibilización podían ayudar en este sentido, como vimos con aquella de “No más monedas en cruceros”.

Por el contrario, donde no existe una consistencia entre las causas y las posibles formas de prevenir el trabajo de estos menores es cuando se habla de los problemas económicos que enfrentan sus familias. Mientras que varios entrevistados señalaron que los menores trabajan en las calles para contribuir económicamente a su familia y una persona señaló explícitamente el desempleo como una causa de esto, solamente una persona mencionó que la solución era crear empleos, pero de manera secundaria.

De igual manera, el “sistema”, la globalización y el capitalismo fueron citados como posibles razones para explicar el trabajo en calle, pero estas variables estructurales solamente fueron retomadas a partir de las campañas de sensibilización y reformas al marco legal. Dichas reformas tenían que ver con las consecuencias de las variables estructurales (maltrato, explotación económica y sexual, por ejemplo) y no con sus causas. Finalmente, otra persona insinuaba que un cambio estructural era muy difícil, señalando que una vía para lograr esto era la difusión de la cultura y vincularse con la seguridad pública para que no permita que haya gente en los cruceros.

A nivel de las prácticas, existía poca consistencia con respecto a los discursos citados. Si bien la campaña “No más monedas en cruceros” se diseñó para sensibilizar a la población sobre el trabajo en la calle y las instituciones que atienden a los menores que laboran en ellas, no existían otras iniciativas con respecto a las pláticas con sus familias o el cabildeo para promover reformas legales.

Además de las percepciones en torno al trabajo con los menores, interesaba conocer las opiniones del personal en torno a otras dos cuestiones relacionadas con el programa. La primera gira en torno a la rotación tanto del personal como de los menores, en donde se evalúan las justificaciones del porqué de esto. La segunda tiene que ver con la beca en tanto herramienta de control, sujeción y aliciente con respecto a

los beneficiarios.

Rotación

Como hemos mencionado, existía una rotación importante a nivel del personal y los beneficiarios del programa, si bien un núcleo de estos últimos permaneció constante. Se les preguntó a los miembros del personal tanto de la administración del PAN como la del PRI a qué se debía la rotación de los beneficiarios. Casi todos los entrevistados que trabajaban durante la administración del PRI respondieron primero refiriéndose a los migrantes tzotziles, en donde su traslado a otros estados para trabajar es visto como su forma de vida: “rota mucho, son personas que no son ni siquiera del municipio de Puebla, sino que son de otros estados y es su estilo de vida. Ahora sí que van emigrando, y van saltando de un estado a otro para tratar de trabajar” (Giselle Ortega [coordinadora de vinculación y enlace diciembre 2005-septiembre 2006], entrevistada el 4 de abril del 2006).

Con respecto a la población no indígena, el personal señalaba dos tipos de factores: aquellos que eran propios del programa y los que tenían más que ver con la población beneficiada. Los primeros incluían los regañones por parte del personal, el cambio de personas que trabajaban con los menores y el tipo de trabajo requerido para retener a estos últimos en el programa:

Había chicos ya muy estables pero, mira, lo que pasa es que, para llegar a esa estabilidad, siempre hay un costo: y ese costo hay que trabajarlo y trabajarlo; gánate al chico. Nosotros no podíamos obligar al niño a ir a la escuela. Si no te ganabas su respeto, su confianza, el chico nunca iba a llegar (Israel Gonzága [jefe de programa 2002-2005], entrevistado el 11 de mayo del 2006).

Por otra parte, la gran mayoría pensaba que la entrada y salida de beneficiarios se debía a cuestiones como su falta de adaptación a nuevas exigencias o su “adicción” a la calle: “sí han salido muchos porque prefieren regresar a la calle, o tienen una adicción muy fuerte y ellos no permiten que uno los, los apoye” (Giselle Ortega [coordinadora de vinculación y enlace diciembre 2005-septiembre 2006], entrevistada el 4 de abril del 2006). En el caso del grupo de los pintores:

La mitad tronó en ese mismo momento, se les empezó a pedir 'oigan, no pueden venir aquí borrachos, no pueden venir aquí drogados, otra parte y, vaya, ¿saben qué? hay un horario. Y, señores, todos van pero el horario de trabajo va a ser en la escuela; la última hora del horario de trabajo van a estar en la escuela'. Algunos lo entendieron bien, otros dijeron "pues a mí nadie me va a obligar (...) entonces, de los que heredamos, muchos tronaron, por exigencia (Israel Gonzága [jefe de programa 2002-2005], entrevistado el 11 de mayo del 2006).

En este sentido, desde el punto de vista del personal del programa, existían cuestiones inherentes al funcionamiento del mismo que condicionaban la entrada y salida de los menores. Sin embargo, estas explicaciones no incluían la incapacidad del programa para brindarles alicientes reales más allá de la beca de 200 pesos semanales. Hablando de la rotación del personal del programa, las razones citadas tenían que ver con motivos personales (como mejores oportunidades laborales en otro lugar o la falta de motivación de la persona por trabajar con estos sectores de la población); con el cambio de administración, la pesada carga de trabajo y el tipo de relaciones con el DIF Municipal: "bueno ya sabes que, como todo trabajo, si no me caes bien o hiciste cualquier cosa, y no eres del DIF o no vienes recomendado pues, adiós" (Jairo Emanuel González [coordinador administrativo noviembre 2005-marzo 2006], entrevistado el 17 de marzo del 2006). Por otra parte:

Como tú lo sabes, cada administración que llega, llega con nuevas personas, nueva gente que trabajan, entonces, sí hemos tenido rotación porque pues la administración inició y las personas que estaban colaborando aquí en dormitorio, en el programa, lamentablemente salieron y bueno pues llega nueva gente (Baruc Martínez [coordinador de dormitorio mayo 2005-marzo 2006], entrevistado el 28 de marzo del 2006).

Estos comentarios ayudan a entender lo difícil que es contar con un equipo de trabajo que se mantenga lo suficientemente constante para dar continuidad a una misma línea de trabajo. Es interesante notar el grado de naturalidad con la que se explica la entrada y salida del personal a raíz del cambio de administración municipal.

Beca

Los menores y jóvenes beneficiarios del programa recibían una "beca" a cambio de estudiar, ya fuera tiempo completo (200 pesos semanales) o como parte de su jornada

de trabajo (100 pesos semanales). De manera ideal, cuando los menores ingresaban al programa, solamente se les daba 100 pesos y, si alcanzaban un buen desempeño en la escuela, se les entregaban otros 100. Sin embargo, esto solamente entraba en vigor cuando la población aumentaba considerablemente y se volvía más difícil entregar la beca completa a todos los menores. Si los beneficiarios no asistían a la escuela, o se negaban a trabajar conforme se les indicaba, el personal les descontaba cierta cantidad de dinero semanalmente o, en casos muy graves, la totalidad de la beca.

Todos los miembros del personal del programa que se entrevistaron reconocieron que los menores eran una “fuente de ingresos” para sus familias y que sus madres les exigían cubrir con una “cuota”. Por esta razón, se pensaba que, como los menores dejaban de ganar dinero por estudiar en la escuela abierta, el programa tenía que compensar las ganancias que obtenían trabajando en calle. A pesar de esto, sí estaban concientes de que los 200 pesos semanales era una cantidad mucho menor a la que podían obtener en la calle, pues llegaban a reunir esa misma cantidad en uno o dos días. Debido a esto, solamente aquellas familias que pudieran combinar la beca con otros ingresos podían, hasta cierto punto, darse el lujo de estar en el programa. Sin embargo, también hay que recordar que varios de los menores continuaban trabajando en los cruceros al tiempo que asistían al mismo.

Además, el personal confiaba en que las madres accedieran a que sus hijos estuvieran en el programa, pues ahí se les proporcionaba una educación, la cual, pensaban los trabajadores, les ayudaría en el futuro:

Te cambio el crucero del chico por una beca y por la escuela del chico. Ni te voy a meter ahí cargos de explotación infantil ni nada de eso. La gente vio de que no íbamos agrediéndola, que tampoco íbamos a quitarle su fuente de ingresos, muy independiente de si había una explotación o si realmente lo ameritaba el caso y, entonces, y que vaya, y además me lo educan, hay la posibilidad de que saque la primaria, pues a todo dar (Israel Gonzága [jefe de programa 2002-2005], entrevistado el 11 de mayo del 2006).

El personal del programa afirmaba que la mayoría de los beneficiarios daban parte del dinero a sus madres y parte se lo quedaban ellos: las primeras lo destinaban al transporte, a la compra de zapatos, ropa o comida y a pagar la renta, y los segundos a

comprarse dulces o jugar maquinitas e incluso, en uno de los casos, drogas. En este sentido, el discurso de los miembros del personal no estaba tan alejado de la realidad pues, como vimos, la mayoría de los beneficiarios sí daba la mitad —o la totalidad— de la beca a sus madres y la otra mitad era para ellos. Este dinero se destinaba, de una u otra forma, a contribuir a la economía familiar, por lo que todos resentían cuando les descontaban una parte del mismo.

Por otra parte, a pesar de que todos los entrevistados estaban concientes de que el programa estaba supliendo (si bien parcialmente) el ingreso de quienes trabajaban en la calle, no había un reconocimiento extendido de que, conforme transcurría —o iniciaba— su participación al interior del mismo, la beca se volviera la única razón por la que muchos de ellos asistían al programa. Basta recordar lo que pasaba con Miguel, quien ya no quería seguir en el mismo pero tenía que hacerlo para recibir la beca, con la cual su madre compraba la mercancía que vendía en la semana. Solamente la actual coordinadora educativa reconoció esta situación abiertamente, citando un caso similar al de Miguel: “Pero (...) Tomás, como dices ¿no? va y viene, pero el motivo ahorita de él es que quiere el apoyo. Entonces el no viene porque de veras quiera estudiar la primaria y quiera, este, recibir una atención especial (...) Pero, lo que te decía, lo que les interesa es el dinero” (Araceli Cruz [coordinadora educativa febrero 2006-actualmente], entrevistada el 27 de marzo del 2006).

En el caso del grupo de pintores, la beca marcaba la diferencia entre recibir una remuneración como empleados o recibir un “apoyo” como sujetos de asistencia social. En este sentido, los jefes de programa durante la administración panista y priísta no consideraban el trabajo de los pintores como un empleo que merecía ser bien remunerado, ya que “ellos estaban en una situación de calle muy vulnerable, se trajeron al programa y pues se les siguió dando chance de que siguieran por acá, pues empleándolos de esa manera” (Irineo Enrique Quiroz [jefe de programa noviembre 2005-actualmente], entrevistado el lunes 20 de marzo del 2006). Implícitamente, los pintores debían estar agradecidos de que se les diera “chance” de seguir en el programa, debido

a su situación “vulnerable”.

Desde la perspectiva de los pintores, Carlos parecía conformarse con esta situación, reconociendo que no podían exigir las prestaciones porque no era un trabajo “formal”, pues no había nóminas ni sindicatos. Por el contrario, Santos y Óscar no estaban de acuerdo con el poco dinero que recibían y constantemente buscaban mejorar esta situación, ya sea buscando trabajo por fuera o negociando con el jefe de programa en turno. Santos, Óscar y Javier percibían sus actividades en tanto pintores como un trabajo o empleo, pero estaban conscientes de que en el programa estas eran vistas como un apoyo: los pintores apoyaban al DIF y este los apoyaba a ellos, dándoles la oportunidad de estudiar y permitiéndoles realizar una labor como pintores para dicha institución.

Esto recuerda la noción de “hipoteca humana” abordada por Susana Narotzky y Gavin Smith (2006) en su trabajo *Immediate Struggles. People, Power and Place in Rural Spain*. Los autores utilizan este concepto para explicar la sujeción de los trabajadores en el sureste de España a sus patrones (a finales de los años treinta y principios de los cuarenta), en donde la supervivencia de los primeros dependía de la buena voluntad de los segundos, pues el acceso a los alimentos y al cuidado de la salud estaban regulados mediante las cartillas que el patrón otorgaba a su discreción. Por esta razón, la supervivencia del trabajador y su familia estaba “hipotecada” a su patrón. Cuatro décadas más tarde, los autores encuentran una situación similar en el contexto de la producción flexible en las fábricas de zapatos, en donde los nuevos hábitos de consumo hipotecan a los trabajadores a su empleo, pues, a pesar de las pésimas condiciones laborales, estos no pueden alzar la voz por temor a ser despedidos o porque se sienten muy agradecidos con sus empleadores por haberles dado el trabajo en primer lugar.

En relación a esto último, los autores hablan de que existe una deuda que los trabajadores contraen con sus patrones para crear dependencia y lograr que el trabajo no sea libre. A partir de lo anterior, se invierte la relación original entre trabajo y

capital: en lugar de que la capacidad para el trabajo sea comprada por el empleador, el trabajador debe endeudarse con este, por lo que la capacidad para el trabajo no le pertenece libremente a quien la ofrece, sino que está sujeta a una hipoteca para poder reproducirse a sí misma (Narotzky y Smith 2006:167).

Como pudo apreciarse, en el caso de los pintores encontramos una situación similar, pero mediada por el discurso de la asistencia social. En este sentido, es su posición como sujetos de asistencia social lo que los endeuda o hipoteca a su trabajo, el cual ni siquiera es percibido como tal por los encargados del programa, pues para ellos es simplemente un “apoyo”. Esto último está plenamente justificado por el discurso de la asistencia social, según el cual esta no genera empleos, sino que, a lo mucho, “asiste” a los individuos en sus necesidades básicas (alimentación, vestido, educación, salud) para que ellos solos encuentren un trabajo y sean capaces de cubrir esas necesidades por sí mismos. Además, los pintores tienen que mostrarse agradecidos porque difícilmente pueden encontrar otro trabajo fuera del programa. Dicho agradecimiento se refuerza cuando sus intentos para encontrar un trabajo al exterior del DIF no son exitosos y deben regresar a pedir que los acepten en el programa nuevamente. Es importante señalar que la noción de hipoteca humana también se aplica a los menores y su familia, si bien de formas un tanto más sutiles, como la regulación del acceso a consultas médicas ofrecidas por el propio DIF Municipal.

Recapitulando

Las prácticas y los discursos que se dan al interior del programa “Dormitorio Municipal y Niños de y en la Calle” están determinados, en gran parte, por su pertenencia a una dependencia del gobierno municipal que tiene a su cargo los servicios de asistencia social: el DIF Municipal de Puebla. Por tal motivo, el carácter temporal, flexible y remedial de dicho programa responde a las características

inherentes a la administración municipal y a la configuración actual de la asistencia social. Con respecto a lo primero, se encuentran la corta duración de la administración municipal (3 años), los espacios y estrategias para desarrollar una carrera política al interior de la misma, y el carácter “pantalla” de las iniciativas gubernamentales. Hablando de lo segundo, si bien la asistencia social ha buscado superar –al menos en el discurso– su carácter temporal, emergente y específico (Fletes Corona 2004:56-57), esta sigue dando prioridad a estrategias meramente remediales y temporales.

Sin embargo, lejos de transmitir una imagen del programa como algo que solamente responde a la estructura administrativa de un gobierno y al discurso de la asistencia social, el carácter del mismo también está determinado por las personas que trabajan en él, así como de quienes reciben sus servicios, pues son los individuos quienes experimentan e inciden en la estructura gubernamental y en el discurso asistencial. En este sentido, el programa era un espacio que permitía la entrada y salida de personas con objetivos, intereses y una formación profesional muy distintos. Mientras que para algunos el trabajo en el programa representaba un momento más en su carrera política al interior de la administración municipal, para otros constituía un espacio para poner en práctica sus ideales y su vocación altruista. De igual manera, si bien ciertos beneficiarios veían en el programa una oportunidad para complementar el ingreso familiar, otros encontraban en él un espacio temporal en donde pasaban unas horas antes de salir a trabajar en las calles.

Ahora, la postura de algunos miembros del personal del programa no difería mucho de aquella de ciertos beneficiarios, particularmente del grupo de pintores: ambos estaban ahí mientras conseguían un mejor trabajo y no se identificaban con el programa lo suficiente como para sentirse motivados para permanecer en el mismo. La heterogeneidad de expectativas, motivaciones, intereses y experiencias que albergaba el programa se hizo evidente en la necesidad de dividir en dos partes la descripción etnográfica del mismo. Durante la administración panista, el programa gozó de una relativa estabilidad en términos del personal, de las iniciativas realizadas y, en menor

medida, de los beneficiarios, la cual puede explicarse, en gran parte, por el poco interés del personal en perseguir una carrera política al interior de la administración. El programa estaba guiado por una visión que pretendía abarcar todas las problemáticas “callejeras” llegando a contar con 22 subprogramas. En esta administración se puso mucho énfasis en la educación de los menores como medio para reintegrarlos a la sociedad. También se buscó sensibilizar a la población en general en torno al trabajo de los menores en las calles, mediante la campaña “No más monedas en cruceros”, la cual invitaba a renunciar a la práctica de dar dinero a los menores a favor de las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales que les brindaban sus servicios.

El primer año de la administración priísta a cargo del programa estuvo permeado por la alta rotación del personal a raíz del cambio de administraciones y del afán de abrir espacios para colocar al personal que perseguía una carrera al interior del gobierno. Además de continuar con la práctica de la escuela abierta, surgió la necesidad de aumentar el número de menores inscritos en el programa, lo cual se realizó, primero, con los menores tzotziles que habían emigrado a la ciudad para trabajar y, después, con los niños y niñas traídos ex profeso de las “colonias marginales” de la ciudad pero que no trabajaban o vivían en la calle. Al igual que durante la administración panista 2002-2005, se llevó a cabo una iniciativa orientada a sensibilizar a la población con respecto al tema de los menores en situación de calle, pero esta vez mediante una obra de teatro titulada “Un encuentro monstruoso”, en donde el tema principal era la transformación de estos menores: dejar de ser un “niño de la calle” para ser un “niño” determinado por criterios clasemedieros y cristianos.

La constante entrada y salida de personal a raíz del cambio de administraciones generó convulsiones que tenían repercusiones al interior del programa: desde la fragmentación del proceso educativo con los menores, quienes ya estaban acostumbrados al ir y venir maestras y funcionarios, hasta los plátanos y los panes que se llenaban de hongos en el almacén de la cocina porque, durante un tiempo, no había quien llevara un control de la despensa. Sin embargo, esta no era la imagen que se

presentaba al exterior del programa, en donde, en algunos medios de comunicación escrita, se daban altas cifras de participación de menores en el mismo. Esto se puede explicar si se piensa en el programa como un estilo de “pantalla”, en donde lo importante es reflejar que se están generando resultados sin hacer referencia a las condiciones reales de la atención brindada a los beneficiarios. Por ejemplo, la coordinadora educativa durante la administración priísta comentó que en una ficha informativa diseñada para dar a conocer el funcionamiento del programa, se mencionaba que el servicio de preparatoria abierta culminaba cuando los jóvenes obtenían un certificado que avalaba sus estudios. Sin embargo, esto no parecía tomar en cuenta que para conseguirlo se requerían al menos ocho maestros con licenciatura para impartir las materias requeridas y el programa únicamente contaba con una persona responsable del área educativa.

Por esta razón, desde mi punto de vista, el programa del DIF Municipal –como muchos otros de orientación asistencialista– trabaja a base de poner “parches”, atendiendo a toda la población que se les presenta, sí, pero de manera meramente “remedial”. Un miembro del personal durante la administración panista resumía coloquialmente lo anterior como: “tapar el ojo al macho por parte del gobierno”.

En este sentido, se puede plantear la pregunta de ¿por qué si la atención a los beneficiarios era tan precaria, un grupo de estos permaneció constante? La respuesta tiene que ver, en gran parte, con la dependencia generada por el asistencialismo y la noción de la hipoteca humana que se mencionó para el caso de los pintores. Sin embargo, esto no es tan sencillo ni tan homogéneo, pues cada beneficiario siguió en el programa por distintas razones: Óscar, por ejemplo, salió y volvió a entrar impulsado por la búsqueda de trabajo mientras que Javier dejó de asistir después de seis años en el mismo porque quería estudiar y terminar su preparatoria en menos tiempo de lo que el programa le ofrecía.

Siguiendo esta misma línea, a pesar de que el programa no ofrecía en la práctica todos los servicios que se proponía en el discurso (o no lo hacía con la misma calidad)

sí tenía elementos que mantenían a los beneficiarios en el mismo. Por ejemplo, aún durante las convulsiones generadas a raíz del cambio de administraciones y de la precariedad de los servicios asistenciales en sí mismos, los beneficiarios seguían recibiendo una cantidad de dinero semanalmente. Esta cantidad, si bien inferior a lo que algunos de ellos podrían obtener si trabajaran tiempo completo en las calles, aseguraba la asistencia al programa de aquellos que podían prescindir del trabajo en calle o combinarlo con el dinero recibido.

De igual manera, si bien la calidad de las clases fluctuaba de manera importante a raíz de los cambios a nivel de coordinadoras educativas, los salones de clases seguían brindando un espacio para que los menores escucharan música, vieran videos de sus grupos favoritos y convivieran con el resto de los beneficiarios. Finalmente, y de manera más importante, es necesario señalar una de las consecuencias “no intencionadas” del programa. Esta tiene que ver con el objetivo principal de la escuela abierta, según el cual, la educación permitía a los menores “reintegrarse socialmente (...) a un sistema del que habían sido excluidos anteriormente” (Munive Moctezuma 2005a:102).

Al argumentar que estos menores no están “integrados” a la sociedad, se obscurecen sus vínculos reales con la misma, los cuales se entienden en el marco del ejército industrial de reserva desechable. En este sentido, el programa asegura que sus beneficiarios adquieran la docilidad y la obediencia necesarias para formar parte en dicho ejército en tanto mano de obra que acepta las condiciones laborales mínimas para permitir su reproducción. Esto se logra mediante la práctica de descontarles el dinero de su beca cuando estos no cumplen con las normas establecidas y a través de la confusión en torno a si el dinero que reciben los pintores constituye un salario (como trabajadores remunerados) o un apoyo (como sujetos de asistencia social). Por esta razón, más que trascender la estructura de clases, los beneficiarios aprenden cuál es su lugar en la misma.